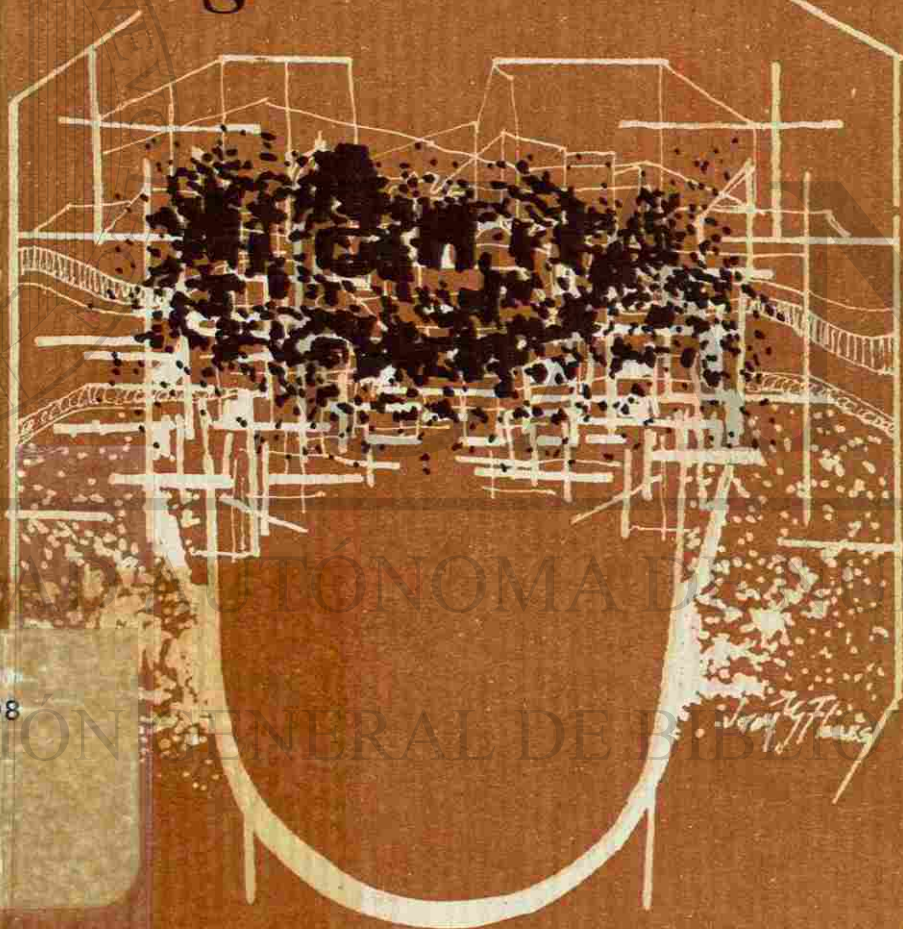


Enrique Martínez Torres

La
alegría de recordar



07298

23

17

1

PQ7298

.23

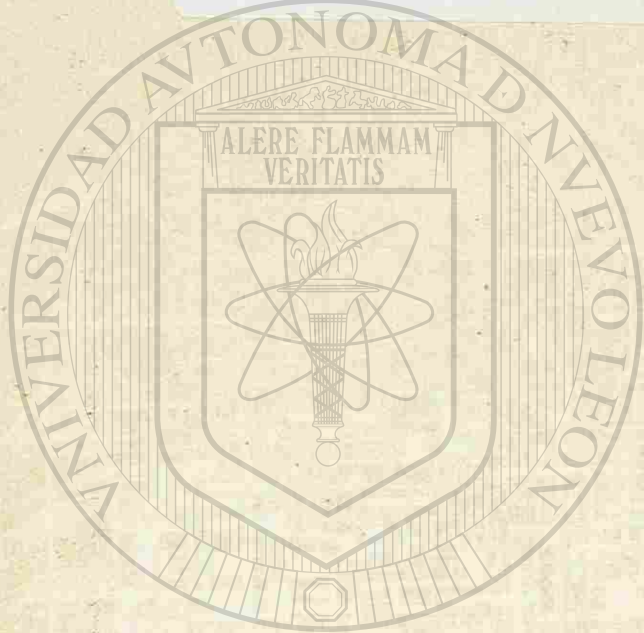
.A7

A4

C.1



1080069271



Enrique Martínez Torres

La
alegría de recordar

UANL

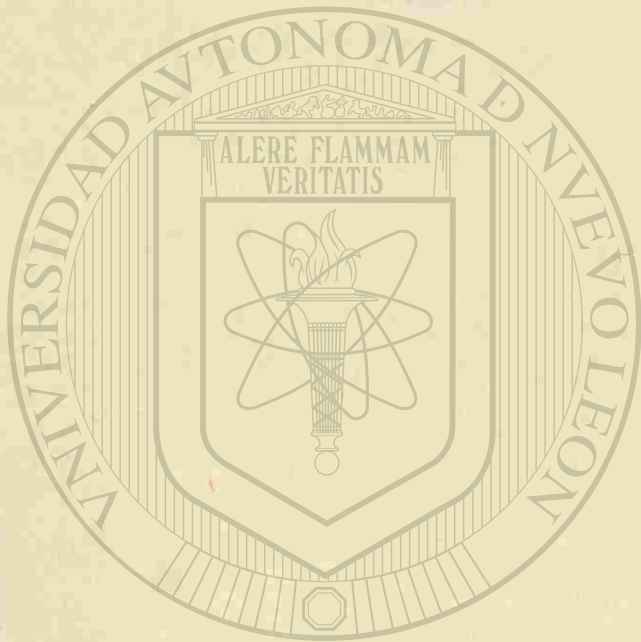
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Enrique Martínez Torres

*La
alegría de recordar*



U A N L

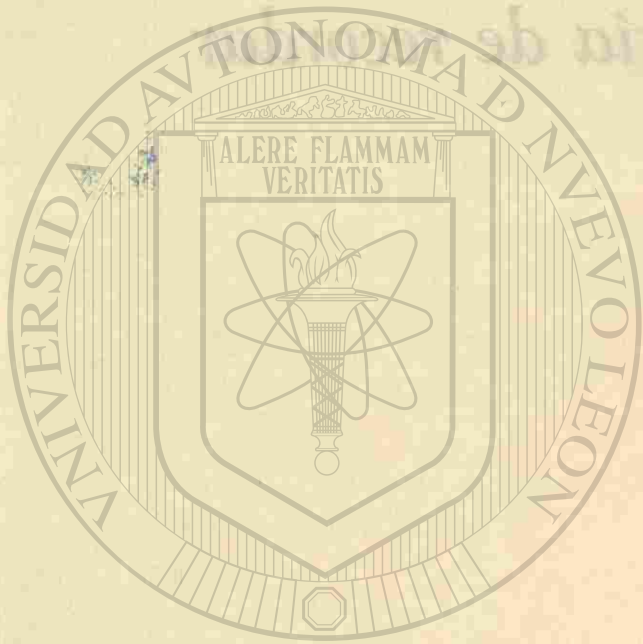
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Dirección General de Bibliotecas
Retrato a lápiz por el Prof. Antonio Reyes Amescorres
cubierta y vitrina por Jaime Flores

Enrique Martínez Torres



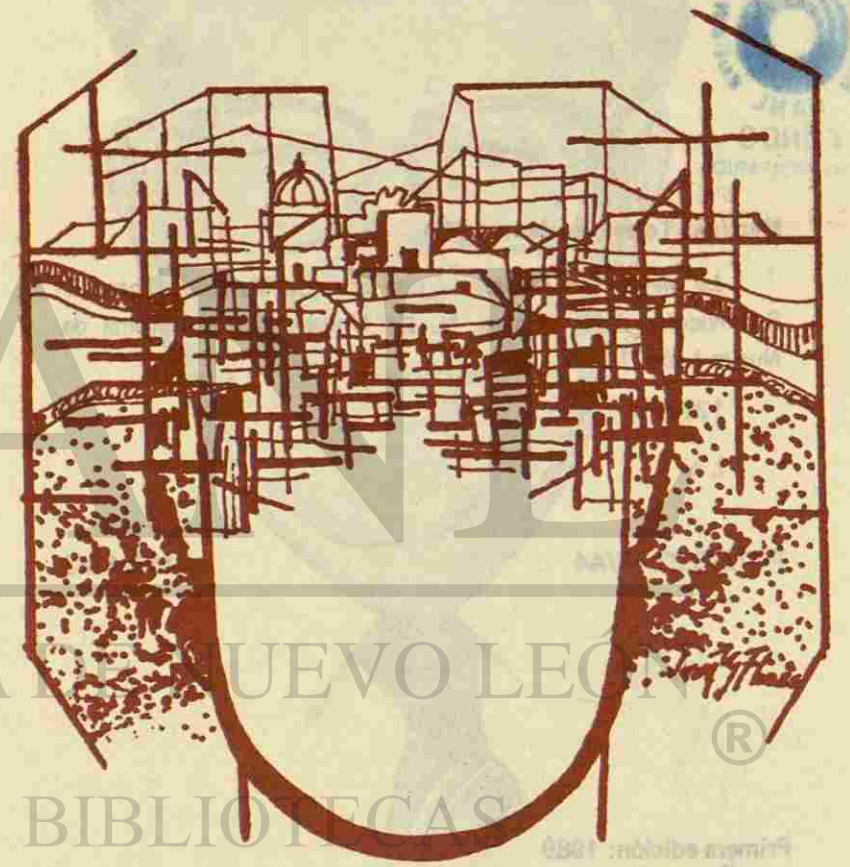
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Retrato a lápiz por el Profr. Alfonso Reyes Aurrecochea;
cubierta y viñetas por Jaime Flores.

Enrique Martínez Torres

La alegría de recordar



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria

Monterrey, N. L., México

1 9 8 9

PG7298

-23

ING. GREGORIO FARIAS LONGORIA

A7

Rector

AA

ING. LORENZO VELA PEÑA

Secretario General

LIC. PORFIRIO TAMEZ SOLIS

Director de la Capilla Alfonsina



Martínez Torres, Enrique, 1916-

La alegría de recordar / por Enrique Martínez Torres.

San Nicolás de los Garza, N. L.: Universidad Autónoma de Nuevo León, 1989.

122 p.

l. t.

PG7298.23.A7/A4

M864.M3

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Primera edición: 1989

D.R. © 1989. Universidad Autónoma de Nuevo León.

Cd. Universitaria. San Nicolás de los Garza, N. L., México.

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.



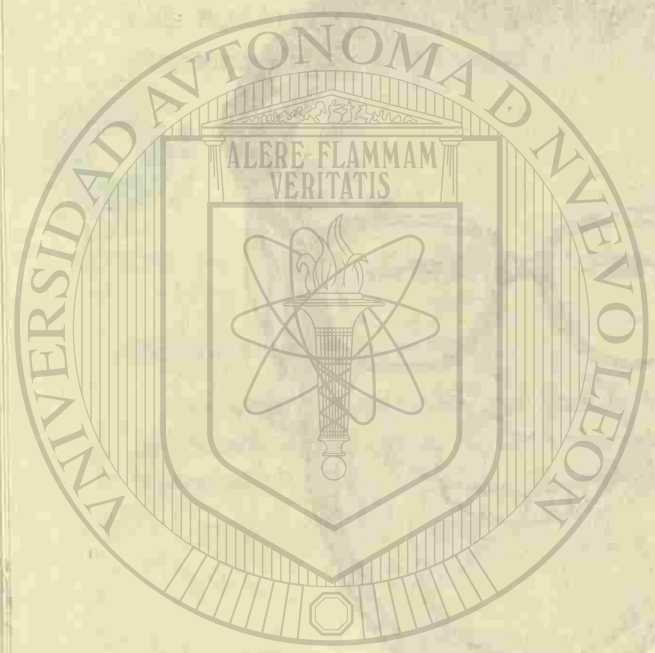
1991-1992

ING. GREGORIO FABIÁN LONGORIA

Director

DR. JUAN CARLOS VILLALBA

Subdirector General



A MIS HIJOS LOS LICENCIADOS

ALBA NORA

Y

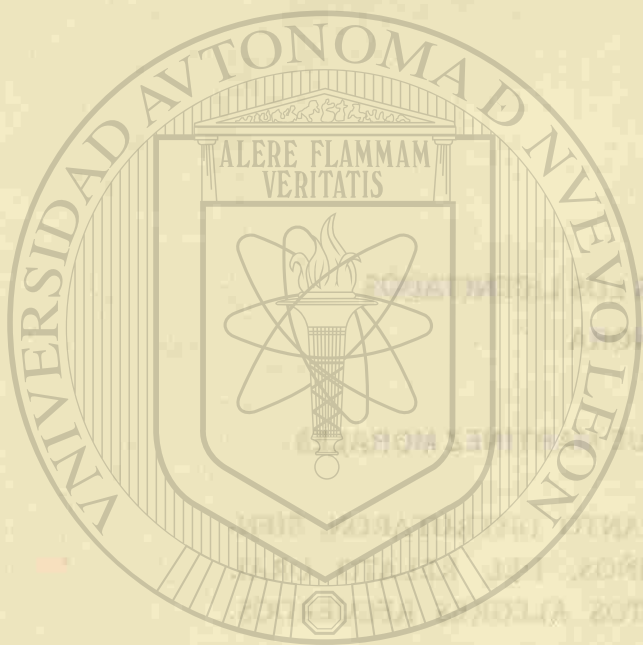
ENRIQUE MARTINEZ MORALES

QUE TANTO DISFRUTARON, SIEN-
DO NIÑOS, DEL RELATO ORAL
DE ESTOS ALEGRES RECUERDOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





MI RECONOCIMIENTO

AL SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN, ING. GREGORIO FARIAS LONGORIA Y AL DIRECTOR DE LA CAPILLA ALFONSINA, LIC. PORFIRIO TAMEZ SOLIS POR HABER AUSPICIADO ESTA EDICION.

EL AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I N D I C E

11 / Prólogo

PRIMERA PARTE:

EL REGRESO A MI LUGAR

19 / Introducción

21 / La mano cálida del abuelo

23 / Los pequeños adanes

27 / El danzante volador

31 / Nadie es profeta en su tierra

35 / La serenata imposible

39 / Los aurigas

45 / La alegría de recordar

SEGUNDA PARTE:

ABOGADOS EN AGRAZ

57 / Dos estampas-una plaza

65 / Abogados en agraz

73 / Los discursos embarazosos

79 / Hablando de Beisbol

85 / Despedidas de solteros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TERCERA PARTE:

DE OTROS LUGARES

93 / No nada más el alcalde de Lagos

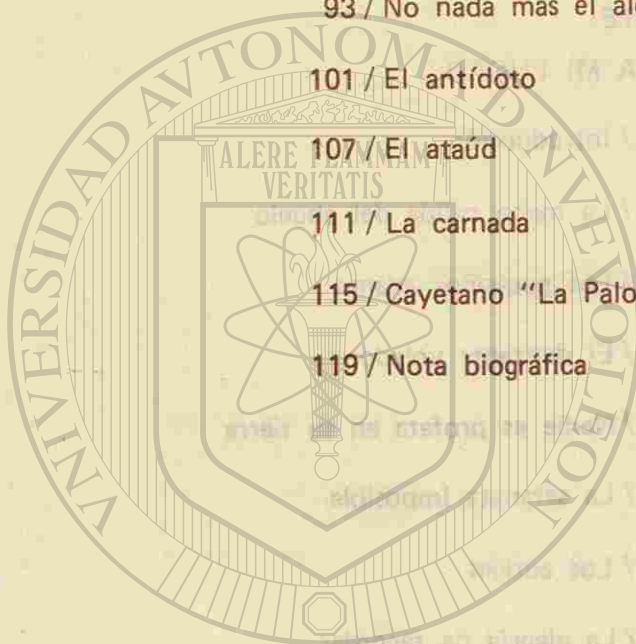
101 / El antídoto

107 / El ataúd

111 / La carnada

115 / Cayetano "La Paloma"

119 / Nota biográfica



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROLOGO

FUE mi primera intención dar a este libro un contenido de reflexión filosófica para hacer creer al lector la existencia de un supuesto índice intelectual; pero convencido de que lo farragoso nadie lo lee, ni por cortesía; opté por evadir el campo de la alta cultura y a cambio, expurgar lo sencillo, alegre y ligero, tratando de que su lectura consiga la, a veces, difícil amenidad.

Estimando, además, que en estos tiempos en que vivimos asediados por profecías pesimistas, tremendistas y grandes fallas en los sistemas tenidos por infalibles y consciente de mi incapacidad para encontrar fórmulas de salvación que satisfagan las necesidades de la agitada humanidad, sobre todo, la nuestra, la mexicana, di por ello, en la ocurrencia de oprimir las celdillas del recuerdo para evocar aquellos episodios chispeantes, oídos o presenciados por el que esto escribe, procurando que traiga para mis amigos, compañeros y en especial al lector, la alegría de otros tiempos, no muy lejanos y que nos regale un lenitivo para los actuales que estamos viviendo.

Algunos trances los viví, otros son de mera aproximación, y así, sin orden cronológico, fui acumulando capítulo tras capítulo, hasta obtener lo que sirve de contenido para esta edición.

Es sana su intención, como sana ha sido la existencia de los personajes de estas pequeñas comedias de la vida real.— En ninguna de ellas se hiere o critica, simplemente se trata de evocar, de reseñar, de traer a cuento (nada a contrapelo), la anécdota y exponer el ingenio con que se comportan sus partícipes, para que el olvido no los empolve y los haga desaparecer.— Porque el transcurso del tiempo es para el suceso como la luz del sol lo es para los colores de la pintura de un cuadro, que con su acción se decolora, va perdiendo su matiz, hasta desaparecer totalmente.

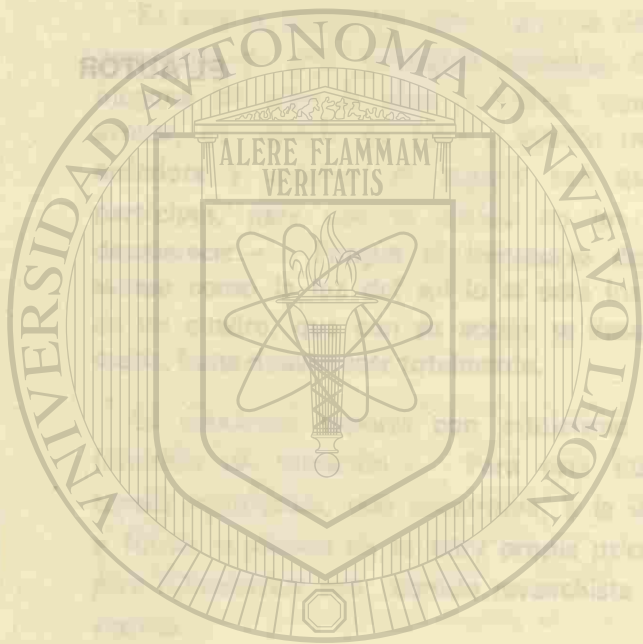
El mexicano soporta con estoicismo una carga de falsas fórmulas de salvación.— Para este ataque tiene sólo una coraza maravillosa, que constituye, a la vez, su único desquite y forma la esencia de su muy propia psicología colectiva: Reír para ridicularizar con sentido revanchista a la fórmula opresora vigente.

Hagámoslo, pues, reír.—Riamos, recordando en buena ley los tiempos no lejanos, que si no fueron mejores, sí, por lo menos el cinturón se llevaba más holgado y a los niños los veíamos como a los verdaderos dueños del futuro, no con la interrogante cruel y determinista de si hicimos bien o mal, en traerlos a este mundo.

Amigo lector:—Olvida por un momento el alto costo de la vida, la crisis y el cansancio de protestar y sumérgete, con espíritu tranquilo, en estos capítulos que llevan la alegría del recuerdo, gajos de la vida real, que de hacerte reír, será la mejor compensación para lo escrito.

Antes de concluir, quiero hacer patente mi fraternal reconocimiento: al Sr. Lic. Raúl Gracia Garza, por su culta paciencia cuando leímos, de primera lectura, los capítulos que uno a uno, fui redactando, y a la Sra. Esther Morales de Villanueva, por su dedicación mecanográfica para realizar, con pulcritud, el proyecto original.

EL AUTOR



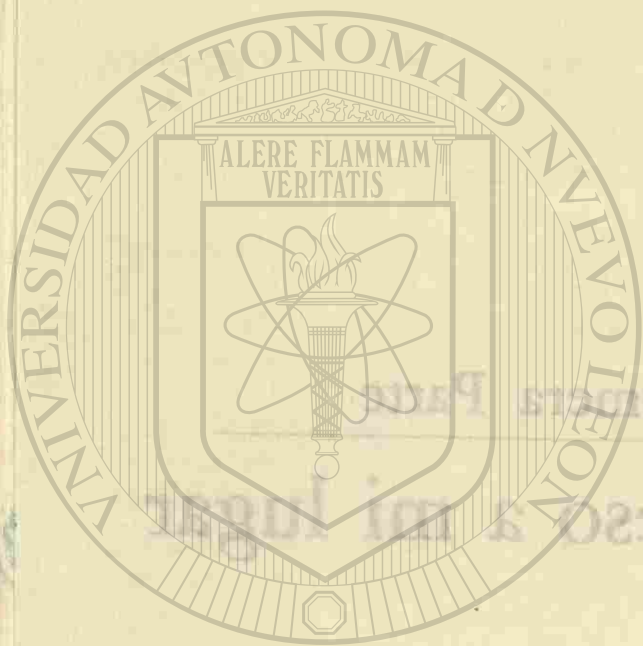
Primera Parte

El regreso a mi lugar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

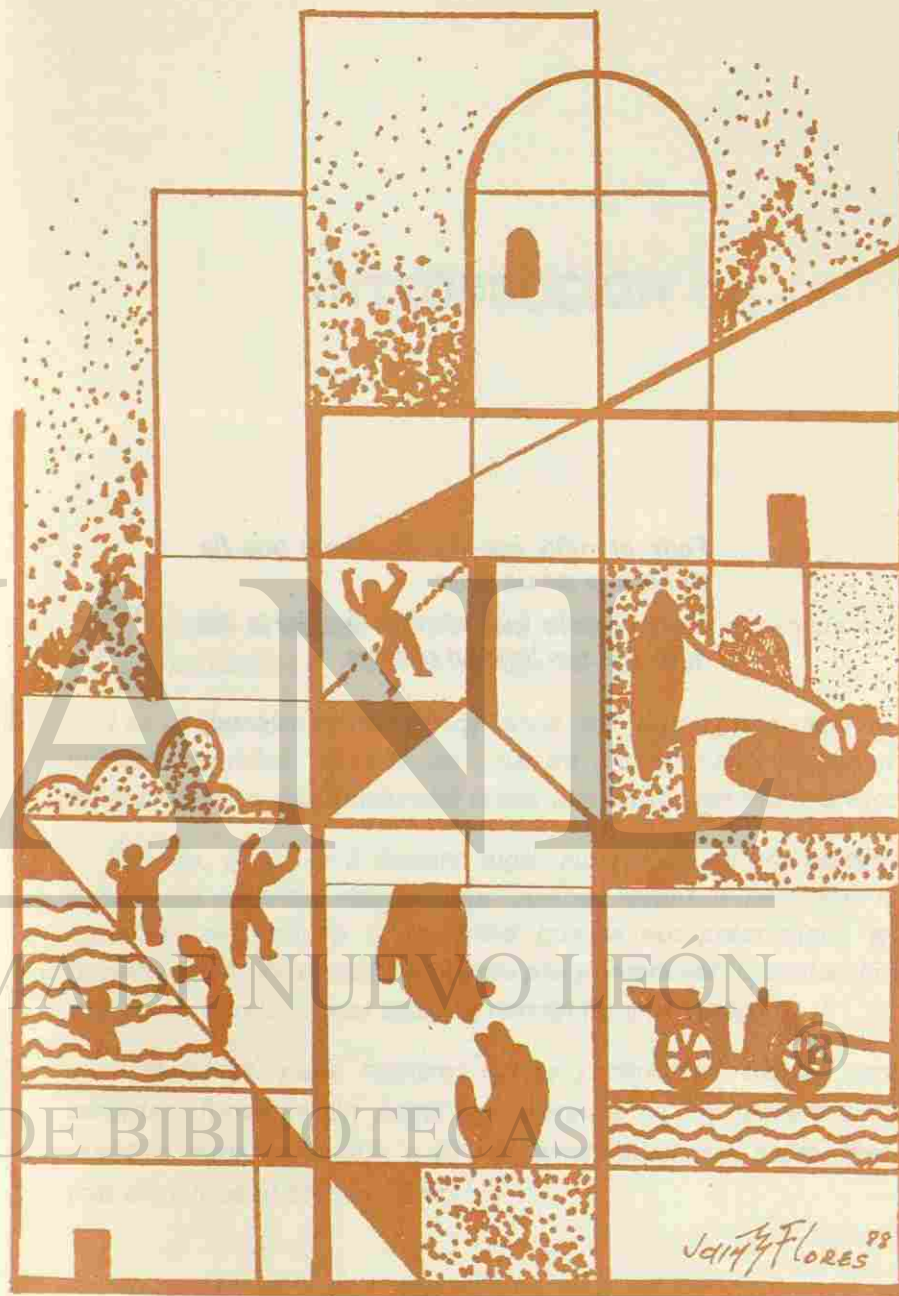


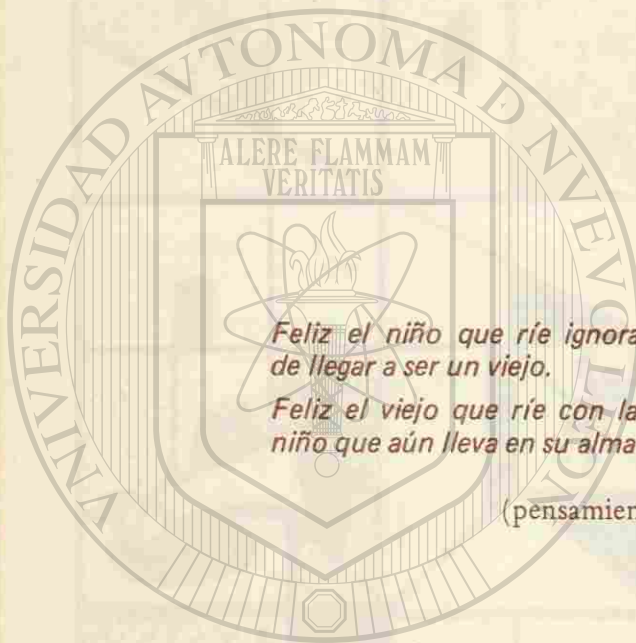
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Feliz el niño que ríe ignorante que ha
de llegar a ser un viejo.*

*Feliz el viejo que ríe con la alegría del
niño que aún lleva en su alma.*

(pensamiento oriental)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCION

La memoria del abuelo

(A la memoria de El Viejo Torres)

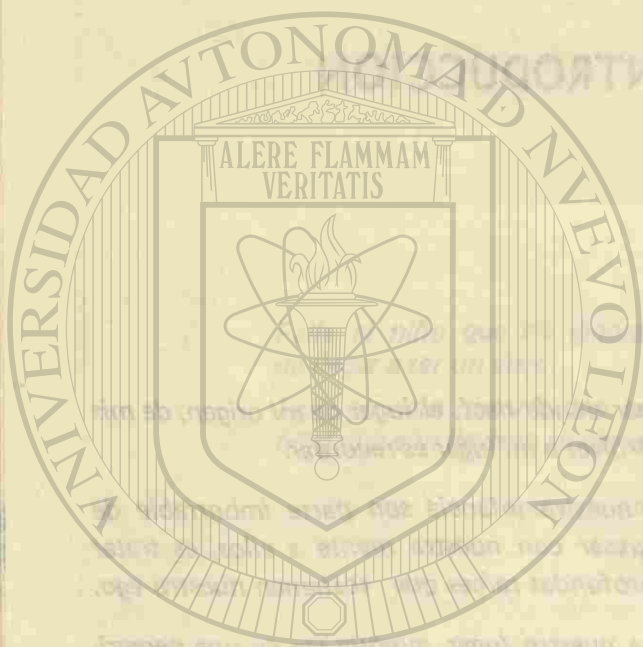
El lugar, es el lugar donde nací, el lugar de mi origen, de mis antepasados.— Volver a mi lugar es recordar.

Los recuerdos de nuestra infancia son parte imborrable de nuestra identidad, regresar con nuestra mente a ellos, es tratar de descubrir las más profundas raíces que sostienen nuestro ego.

Por eso, al volver a nuestro lugar, aunque sea en una peregrinación del espíritu, reafirmamos quiénes somos y revivimos la sensación del refugio y seguridad que se nos proporcionó en nuestra niñez, ahí donde conocimos por primera vez, la protección y el amor, donde fuimos amados, corregidos y perdonados.

Atecoremos, pues, nuestros ayer y dándonos tiempo para recordar, forjemos un hogar que perdure en los recuerdos de nuestros hijos, para que, a su vez, ellos construyan sobre nuestros cimientos su propio hogar.

... sin un rincón, tan sólo al lado del niño en tierra fría
para la noche temora.— La familia que guardaba para sus hijos
de guerra, gemidos en el alma del pequeño



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mano cálida del abuelo

(A la memoria de D. Vicente Torres)

La mano cálida del abuelo, que al oprimir la mía, siendo aún pequeño, me transmitía la sensación de confianza, de abrigo y de ser alguien a quien se quiere.

Todas las mañanas, temprano, el abuelo me despertaba, tomaba mi mano con su mano vigorosa y cálida y emprendíamos la marcha hacia el mercado para comprar el abasto diario, (a ello debo la agradable costumbre de ser un madrugador). De su mano, marchando a su paso, sentía que éramos los dueños del mundo.

Tomado de la mano del abuelo, el nieto entablaba pláticas, preguntas y respuestas; los interminables ¿por qué? útiles a la tierna edad que asoma al mundo del asombro y del infinito horizonte.

Ver trabajar al abuelo, era la revelación objetiva de cómo obtener el pan nuestro y cotidiano.

Sin ser jardinero, transformó el alma del nieto en tierra ávida para la buena siembra.— La semilla que guardaba para sus años de invierno, germinó en el alma del pequeño.

Sin saber de la entelequia del Quijote, sus digresiones ante el auditorio único del nieto, tenían mucho de lo que el sublime ilusionado, proclamaba; pero dicho en el lenguaje sencillo y actual para que hasta los pastores de hoy lo entendieran.

Nunca pregonó prosapia alguna, consciente de que el tronco del árbol comienza en uno mismo y de ahí para adelante . . .

La mano cálida del abuelo que tomó mis dedos y me enseñó a hacer la señal de la Cruz, llevándola a la frente y terminando el sublime ademán en mis infantiles labios.

La mano cálida del abuelo.— Las primeras manos por las que sentí respeto.

La mano cálida de mi abuelo que rompiendo mis andaderas, me enseñó la firmeza del seguro paso.

La mano cálida de mi abuelo que sin ser pedagogo, sin ser jardinero, ni conocer de las andanzas del Quijote, con sus pláticas sencillas y su ejemplo, modeló mi existencia.

La mano cálida de este mi Señor Abuelo que fue todo un Hombre, porque sin siquiera conocer la luz del alfabeto, me supo transmitir el cariño a la vida con la lección del incesante trabajo, que es la oración más efectiva para obtener nuestro cotidiano pan.

Los pequeños adanes

¿QUE fue de aquellos rapaces que como cervatillos inquietos saltaban por las márgenes del río, en aquel barrio de mi ciudad natal?— Aquellos que iban a la escuela primaria y en sus días vacacionales se perdían travesando, tras el parque de la gran Alameda, por las arboladas calles, con fuerte olor a hojas secas, calles humedecidas por la acequia murmurante que entraba por los solares, como gente de casa y se iba a perder siempre refrescante, entre las sombreadas huertas.

¿Qué fue de los entonces chíquillos cuya figura llevo grabada en la retina del recuerdo?— ¿Sus nombres?— ¡Para qué!— Solamente he seguido teniendo relación fraternal con dos o tres de ellos cuya amistad conservo celosamente, como se cuida al buen vino que al madurar en la fina barrica, sabe mejor.

Aquel grupo de rapaces gozaba en la corriente del río, saltaban por las laderas de la loma y con gritos de conquista alcanzaban, trepando, las más altas ramas de los árboles. Inventaban juegos y competencias.— En esos parajes fueron jinetes de potro ima-

ginario, marinos, piratas o pescadores con anzuelo alfiler y grandes nadadores en la represa del río que su ingenio infantil las volvía más profundas, acomodando, una sobre otra, las piedras sumergidas, complementadas con ramas de la jarilla, ahí abundante. El río existe; pero domeñado por la técnica canalizadora, perdió su aspecto primigenio.— He ido a los parajes donde la infancia se recreaba y ahora sólo se contempla el árido canal de concreto.— Ya no las jarillas, ni los sauces.— La obra devoró las verdes riberas.— Para los que no conocieron los no muy lejanos ayer, la evocación resulta de fábula.

Supimos disfrutar nuestra época de infantes.— No sé, ni me explico cómo puedan disfrutar los muchachos de ahora.— Eramos fieles observadores de las temporadas de juegos, que año, tras año llegaban.— Decíamos: temporada de las canicas, del trompo, de volar y armar papalotes y eran nuestros más caros juguetes: un trompo de madera, las canicas de cristal o de barro, el papalote armado en casa y la pelota formada con el larguísimo hilo sacado de una media de popotillo.

Precisando el enfoque del recuerdo, evoco un incidente infantil, que ya revelaba la decisión de esos muchachos para resolver sus propios y buscados problemas.

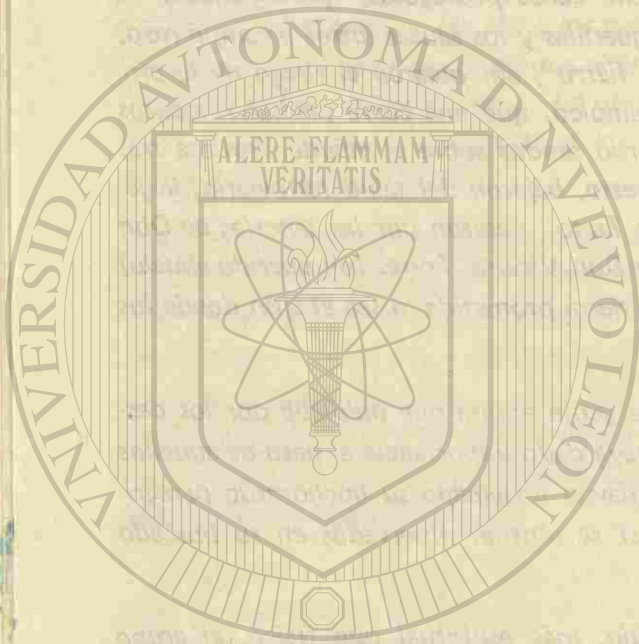
Habían pasado varios días de la avenida del río; pero sus aguas aún corrían turbias y con fuerza y aquellos chiquillos, en número de ocho, se divertían en la ribera sur en el barrio que se llamaba "Río-Verdito" y se propusieron atravesar la corriente, hasta alcanzar la ribera opuesta.— Se lanzaron al agua, desnudos, (porque su edad y lo apartado del lugar, en aquel entonces, lo permitía), llegaron a la otra orilla, descansando en ella, tendidos sobre el suelo pedregoso, pasaron varios minutos; hasta que uno de los rapaces confesó haber batallado con la corriente y con las piedras sumergidas, por lo que, francamente tenía miedo de regresar.— Otro más confesó lo mismo, terminando todos por aceptar el uniforme temor a la corriente.

El problema era el regreso, su ropa estaba al otro lado del río y entonces nació la gran decisión:— Con toda su inocente desnudez, desfilaron río arriba por la ribera del, para ellos, temible río. El ancla de salvación lo era el puente del ferrocarril. El recorrido fue de ocho calles pedregosas, protegiéndose a veces con las jarillas, higuierillas y los sauces, otros a campo raído, llegaron al "puente de fierro", ahí otearon el riesgo de la proximidad del tren de Tampico, que una curva ocultaba, seguros de lo anterior, atravesaron raudos sobre el puente, travesía tras travesía, en el lado opuesto, bajaron del talud ferroviario, llegaron a las "Vegas de los Treto" pasaron por las tenerías de Don Isidro Ruiz, luego las de Don Vicente Torres (mi querido abuelo) y llegaron, por fin, a la tierra prometida, o sea el sitio donde los esperaba su ropilla.

Es posible que de la gente adulta que pululaba por los descritos lugares, nadie le haya dado importancia al paso de aquellos pequeños adanes, ni se hayan imaginado su bochornoso peregrinar; pero los menores sí se sentían observados en su buscado fracaso.

Salvados del naufragio, más espiritual que físico, el grupo se juramentó para no comentar, jamás, la caudalosa y adánica aventura: fue su primer hermético secreto.

Se dice que el tiempo es bálsamo maravilloso que cura las afecciones del alma.— Por eso, hoy, que el recuerdo se va diluyendo, no creo pecar de indiscreto al revelar el infantil acontecimiento, que contemplaron con comprensivo afecto, las ya desaparecidas frondas, que existieron en el río de mi lugar.



El danzante volador

Para: Enrique Martínez Muraira

DE las fiestas religiosas, que año tras año, se celebraban (y se celebran) en mi ciudad de origen, las del 12 de Diciembre o Día de Guadalupe, es la que llevo más grabada en mi recuerdo.— Tal vez se deba a que mi casa paterna estaba situada en la calle que precisamente, conduce al llamado Santuario o Capilla de Guadalupe, que se yergue a su final y en lo alto de la loma.

Su fábrica maciza, destaca y domina el panorama arbolado de la ciudad.

En la fecha indicada amanecía esa calle, barrida, regada y adornada con cadenas de papel de china, pendientes de acera a acera, en lo alto de las casas vecinas.— La Capilla, resplandeciente, por el artificio de un alumbrado original que proporcionaban unos mecheros de petróleo colocados en los pretilos de sus dos elevadas torres, pues hay que advertir que por el tiempo de mi reseña no existía en esa zona de la ciudad servicio de alumbrado eléctrico.

Por la mañana temprano, empezaba el peregrinar de creyentes y así, todo el día, visitaban el templo, cumplían sus votos y se

quedaban para presenciar las representaciones que en el atrio se celebraban, que a veces eran pastorelas, con su argumento provisto de parlamentos y cantos, o bien de danzantes.

En estas últimas intervienen personajes caracterizados de indígenas que se tocan con penachos de plumas, calzan huaraches y visten un faldellín, con una sonaja en una mano y un arco de madera en la otra, bailan al son de su doliente violín; y unas comparsas que simulan ir cabalgando en un remedo de caballo, que le dan forma con una armazón de carrizo y que como una crinolina, pende de sus hombros y al ir danzando mueven al supuesto equino.

Esta representación recuerda la lucha de los conquistadores y los aborígenes.— Al paso que danzan simulan ir peleando o cruzando sus armas con los de a pie.

Entre los danzantes destaca el viejo de la danza (el gracioso de las representaciones teatrales antiguas), provisto de un atuendo ridículo: su supuesto caballo es una armazón forrada con costales, lleva una careta con barbas de ixtle, larguísimas, en una mano una muñeca de trapo y en la otra un látigo que hace restallar y al mismo tiempo que danza lanza gritos estentóreos para impresionar al público.

El Santuario, en lo alto de la loma, lo circunda completamente una barda de cuarterones de sillar, la puerta de entrada de esta barda da precisamente, a la adornada calle como invitando a los creyentes a entrar.

Por el poniente, tras de la barda, existía un arroyo (hoy casi cegado por el aluvi6n), con una pendiente pronunciada de unos veinte metros de profundidad, entre esta pendiente y la barda circundante, corría una estrecha vereda; por ese lado se había practicado, quitando los sillares, un portillo hasta el suelo; destinado para arrojar a la profundidad, ladera abajo, los

escombros de las reparaciones que tiempo atrás se habían practicado al templo.— El portillo, pues, quedó abierto.

Los rapaces, por cuya existencia actual pregunto, eran unos consumados escaladores de las laderas del arroyo y se sabían de memoria las cuevas y bajadas, corriendo, con pie seguro, por esos escarpados lugares.

Sucedió que en el patio del templo, los danzantes festejaban a su Patrona. Era de noche y por carecer de servicio eléctrico se iluminaban con lámparas alimentadas con petróleo o gasolina; más allá de este alumbrado reinaba el manto negro de la obscuridad. Los danzantes desarrollaban ante el público sus redoblados pasos; los de a pie simulaban arrojar flechas con sus arcos, los de a caballo, bailando, bailando, descargaban mandobles con sus espadas de madera.

El viejo de la danza estaba como nunca de gracioso: "parece que comió payaso", decía una señora.— A las muchachas que estaban descuidadas les daba a besar la muñeca de trapo y estallaba la risa a costa de la distraída víctima.— Lo malo fue que también encontró propicio para sus gracejadas la presencia de los rapaces que disfrutaban, en grupo, del espectáculo.— Le dio por partir tras de ellos, gritando y restallando el látigo, a grandes zancadas con su caballo perseguía a los muchachos quienes se salían, corriendo, por la puerta principal; al principio le siguieron el juego, pero luego sintieron que los chicotazos iban en serio y ya varios habían sido victimados por el barbudo personaje.

Agraviados ante esta investida, idearon el desquite: conocían el lugar; ventaja que tenían sobre el gracioso.— Con esta seguridad se acercaron a él, lo provocaron con gestos y gritos y él los persiguió con el látigo, dando alaridos; pero los muchachos esta vez se salieron por el portillo y se escurrieron perdiéndose en la obscuridad.— El viejo brincó el portillo y en el salto libró la

vereda y al faltarle el suelo el grito se convirtió en alarido de terror cuando se fue volando por los aires, rodó por la empinada cuesta del arroyo en cuyo fondo se oyó el estrépito de la armazón de carrizo, la muñeca quedó despatarrada, voló la careta y en lo negro de la noche se oían los clamores del danzante volador, que lo fue por no conocer la pendiente, ni a los rapaces, a los que en su mala hora se le ocurrió perseguir.

Al viejo lo sacaron rasponiado, su disfraz hecho pedazos; pero sin parte alguna de su cuerpo fracturado, (milagro de la Virgencita, decían las beatas); pero ya no pudo actuar.

Los rapaces salvaron la ladera y se fueron a sus hogares. Los danzantes regresaron a su lugar de origen y la calma reinó al pasar los días. Ya volverían nuevas fiestas de Diciembre . . .

Nadie es profeta en su tierra

(Toñito quiere galletas)

"**N**ADIE es profeta en su tierra", suele decir el antiguo proloquio que por consenso popular ha sido elevado a sentencia de universal sabiduría.

Tiene como base el pasaje bíblico atribuido al poco caso que sus coterráneos de Nazaret hicieron a Jesús cuando predicó entre ellos.

Todo esto resulta verdad, sobre todo, en los lugares pueblerinos, en que se conocen todos los vecinos, por ser parientes o por convivir en la estrechez urbana de su corto desarrollo.

El asunto resulta clarísimo cuando por la familiaridad entrelazante alguien dice: "hoy llegó al pueblo fulanito, que ya es doctor o médico", inmediatamente viene la réplica de don no sé quién. "¿Ese?, ese es el hijo de Don Telésforo el de "La Esperanza", (tienda de abarrotes), con ello, quíerese o no, ya bajó al recién titulado de su pedestal Hipocrático sobre el que se viene sustentando.

Lo mismo sucederá si el recién llegado ostenta título de Abo-

gado o de Ingeniero, porque esto no le quita ser hijo de Don Robustiano el que vende pastura o de Don Pomposo el carnicero.

¡Qué difícil, pues, ha de ser para estos discípulos de Hipócrates, de Justiniano o de Euclides, empezar a ejercer y forjarse de una personalidad en su tierra natal!. Además de que en toda la gente del pueblo existe la decidida inclinación para confiar más en la comadrona, el "yerbero" o el tinterillo, que en el profesionalista, así obtenga éste las borlas doctorales más prestigiadas.

La razón es muy clara, aquellos cobran barato y a la gente le importa el precio, aunque a la larga el malestar se transforme en crónico, el litigio se torne interminable y las mediciones o niveles resulten "por un pelo de albañil".

Nadie es profeta en su tierra.— Y nacen los hijos heredando el sobrenombre de sus progenitores.— Es necesario el trabajo serio, eminente y con fe en la profesión para que el recién titulado que desee ejercer en su pueblo se labre un bien ganado prestigio venciendo consejas ancestrales, sobreponiéndose a los apelativos denigrantes.

Si no está dispuesto a librar esta batalla, será preferible que inicie su carrera profesional en otras latitudes.

De mi niñez recuerdo el caso de un escolar que dio lugar a un mote que lo persiguió toda su vida.— Resulta que nos matricularon en el primer año elemental de la escuela y el primer día de clase un pequeño, exactamente a las diez de la mañana empezó a llorar desgarradoramente.— No había protestado cuando su mamá lo dejó al cuidado de la maestra, se interrumpió la clase y no fue posible que ella, con toda la paciencia que el caso ameritaba, pudiera contener aquel llanto de naufrago desolado.— Por fin, alguien recordó que el niño llorón era vecino de una maestra que atendía otro grupo y que

tal vez, por la familiaridad y conocimiento que el niño tenía de ella, lograría calmarlo o encontrar la causa interruptora de la clase. Vino la requerida maestra, sacó al niño al corredor, conversó un rato, regresó riéndose y dijo simplemente: "Toñito quiere galletas".— Es que, explicó, a la hora señalada todos los días le daban galletas, como un tente en pie.— Con la consiguiente explicación y el regocijo de todos, le mandaron comprar sus galletas al comercio cercano, se las sirvieron y el educando debutante siguió tranquilo en su asiento muy atento a la primera clase.

Pero el remate del cuento es que desde entonces, para todos nosotros aquel niño siempre fue: "Toñito quiere galletas". Así terminamos la primaria, fuimos a la secundaria y alguien informaba "Toñito quiere galletas" quedó en el grupo B.— Creo que ya para esas fechas, a Antonio, porque se llamaba Antonio, no le hacía gracia cargar con el sobrenombre que le pesaba como cruz sin Cirineo que le ayudase a cargarla.

Pasaron varios años, al entrar a la preparatoria nos llegó la noticia de que "Toñito quiere galletas" se dio de alta en el ejército para poder inscribirse en el Colegio Militar, quedando establecido claramente su vocación por seguir la carrera de los hijos de Marte.

Al paso de los años, Antonio, regresó a nuestra ciudad convertido en un arrogante militar luciendo las insignias de Capitán.— El domingo, por la noche, noche de serenata, con la apostura marcial salió Antonio a la plaza, la gente lo vio con asombro; pero pasó rápido y le saludaron diciéndole: "tú eres Toñito quiere galletas" y punto; nunca Sr. Capitán, pues simplemente para sus coterráneos seguía siendo: "Toñito quiere galletas" hasta que un día, creo yo, pidió su cambio a la superioridad y fue trasladado a otra parte donde, quizá se le respetara más en su investidura militar.

Hace poco tiempo, uno de nuestros antiguos compañeros, cuando viajaba con su familia por el Sureste de nuestro querido México, llegó a Comitlán de Domínguez en el Estado de Chiapas y tuvo el gusto de encontrar al ahora Coronel Antonio, convertido en todo un jefe del resguardo de aquella región, respetado por propios y extraños. Después de reconocerse, se saludaron con efusión y le platicó que estaba próximo a recibir su ascenso al grado inmediato y entonces pediría su retiro.

Le preguntó con cariño: —¿"Oye Coronel te irás a vivir a nuestra tierra"?.— Se le quedó viendo y resuelto dijo: "Me iré a vivir donde me digan Coronel".

La serenata imposible

EL local que ocupaba la peluquería del barrio era, al mismo tiempo, el club donde los jóvenes se reunían, jugaban partidos de damas, de dominó e intercambiaban, comentándolas, sus inquietudes de adolescentes.— Allí se organizó el equipo deportivo de beisbol que al practicarlo, los llevó a soñar en ser estrellas de este deporte.

El maestro peluquero era el pivote de estas actividades, hombre sencillo y de buen talante a quien la gente simplemente llamaba "maistro".— Aunque se le estimaba y respetaba, no por eso escapaba a las bromas de los asistentes al bullanguero club.— De éstas, la más pesada que sufrió, le sucedió por andar pidiendo consejo a quien era peligroso pedirlo.

Sucedió que el "maistro" andaba inquieto, se le notaba preocupado.— Alguien le preguntó la causa y él se explayó diciendo que como se acercaba la fecha del onomástico de su muy estimado compadre el talabartero, no encontraba el presente con el cual cumplimentarlo.— Permitió que el asunto se pusiera a consideración del grupo y cada uno fue dando su opinión;

más resultaba que la solución que se le proponía no era de su agrado, pues todo se le hacía de elevado precio, hasta que alguien opinó: "oiga maistro, llévele una serenata, que le canten "las mañanitas" a su compadre, lo felicita y así, cumple con él".

La idea fue aceptada; pero al día siguiente el peluquero salió con que se había informado y resultaba que un trío de cantantes le cobraba un ojo de la cara.— "Fíjense ustedes, decía, el equivalente a las cortadas de pelo de todo un mes". Agregaba que aunque don Tilo el del violín y don Lagos el del bajo cuerda, le cobraban menos dinero, ni así le alcanzaba para pagar el servicio musical.

Entonces no faltó quien comentara en voz alta: "oiga maistro, lo que usted quiere es que le salga de gratis la fiesta y eso no se va a poder, déle un abrazo a su compadre y ya".

Al fin alguien más tuvo una idea brillante y dijo: "pídale prestado el fonógrafo a don Lupe Méndez, su vecino, coloca el aparato sobre una carretilla de mano y lleva la serenata con discos y así no gastará ni un centavo".

La propuesta fue aceptada y se entrevistó al propietario de la máquina musical.— Uno de sus hijos era miembro distinguido del Club y fue fácil obtener el préstamo.

Se convino en que la víspera del onomástico, a media noche, el agasajante, poniendo el fonógrafo en una carretilla, se trasladaría al domicilio de su compadre, situado a cuatro calles y sin ayuda de nadie procedería a dar la serenata.— Se seleccionaron los discos con la música apropiada para el evento: "las mañanitas" para iniciar el programa, los románticos vals "Club Verde" y "Tristes Jardines", del agrado del compadre, más dos piezas musicales de regalo o de ocasión, por si el cumplimentado lo solicitaba.

En la época de este relato, en el barrio no existía servicio eléctrico, por lo que en la noche se transitaba por las calles oscuras.

Bien, la noche del acontecimiento el peluquero sacó su carretilla con el aparato encima, el lote de los discos escogidos los colocó en un morral que se colgó al hombro y emprendió su rodante marcha.

Los muchachos del Club lo siguieron a distancia prudente y se apostaron tras de una cerca de piedras para no ser vistos por el festejante.— Este estacionó su mini-vehículo frente al domicilio del talabartero y en la obscuridad reinante sacó el primer disco, lo insertó al fonógrafo, echándolo a girar y ante su asombro, en vez de las mañanitas, retumbó en todo el vecindario las vibrantes notas de nuestro épico Himno Nacional y empezaron los perros a ladrar.— Lo más rápido que pudo, quitó el disco y pasó a colocar el que seguía en orden de lo programado y en vez del romántico vals, empezó a oírse las arengas y los cañonazos de la Batalla del Cinco de Mayo y sus clarines victoriosos.— Aumentando el ladrido de los perros.— Angustiado, por tercera vez cambió de selección y entonces se empezó a oír un disco que contenía nada más carcajadas en distintos tonos.— Quiso, desesperado, poner otra selección más afortunada; pero ya no fue posible, porque su compadre salió en paños menores con un garrote en la mano y alumbrando con una lámpara que traía en la otra; furioso exclamó: "¿pos qué hijos de la tiznada trae, compadre, se ha vuelto loco o qué?".— "¡Compadre! exclamó conmovido el peluquero.— ¡Lo felicito! estas son sus mañanitas".

"¡Qué mañanitas ni qué la fregada!, ¡láruese Ud. a moler a otra parte o le destrozo el aparato a garrotazos!", dijo esto y se metió a su domicilio, "bufando como diablo de pastorela", según platicaba después uno de los invisibles espectadores.

El peluquero se regresó por donde había venido, acompañado del incesante ladrar de los perros del barrio y nunca se explicó la razón de su fracaso lírico.

Nadie, además, pudo explicar lo sucedido.— Hubo varias versiones.— Lo cierto fue, que el "maistro" recibió el fonógrafo y los discos solicitados, por la tarde practicó la manipulación requerida y ordenó el lote de selecciones musicales; pero alguien, no se supo quién, cambió los discos en la peluquería. El maistro era bueno; pero no era tonto.— Devolvió el fonógrafo al día siguiente a su propietario y por mucho tiempo no le dirigió la palabra a Lupe chico. Además para remate de fiesta, una mañana apareció en la puerta de la peluquería el siguiente rótulo: "se ofrecen serenatas gratis".

Esta es la reseña de una serenata que se volvió imposible por andar pidiendo consejo a quien era peligroso pedirlo en el barrio de mis recuerdos.

Los aurigas

Para: Rodolfo Fernández Martínez

EN una laudanza que dedico a la generación 1930-1936 de la Escuela Normal y Preparatoria del Estado de Tamaulipas, al evocar el terruño digo: "la calle principal del buen auriga" y me refiero, con ello a los tradicionales conductores o cocheros con sitio en los costados de la Plaza principal, que tripulaban los populares vehículos tirados por un caballo trotón; a estos carruajes se les llamaba, "jardineras". Los primeros recuerdos que tengo de estos muebles es del tiempo de mi niñez, cuando en los días patrios desfilaban por el paseo y la calle principal, haciendo su servicio de transporte, adornados con guirnaldas, papeles de colores y con la infaltable y pequeña Bandera Nacional; sobre el asiento delantero, erguido, las riendas en una mano y el látigo en la otra iba el cochero y en los trances necesarios hacía sonar con el pie, el timbre que repiqueteaba alegremente.

Llegó la época de los taxis, automóviles de sitio, les decíamos; pero por muchos años siguió imperando, para el traslado de pasajeros, el uso de los coches tirados por caballos, quizá

porque eran los tiempos (en los tiempos de mi relato), en que nadie tenía prisa, las distancias eran cortas, el urbanismo aún no complicaba la vida y la gente veía con más afecto al arraigado y popular transporte tripulado por el amable cochero que por los años que llevaba de tirar en el oficio, resultaba para todos familiar y amigo.

Tengo grabada en la memoria que cuando algún vecino de mi barrio se aprestaba para viajar, se iniciaba con la ceremonia de dar aviso al cochero y era de uso obligado que éste llegara al domicilio solicitante con unas dos horas de anticipación (temor, decían los vecinos, de que los dejara el tren); llegado el vehículo, el veliz o la maleta se colocaba en el asiento delantero junto al conductor, el pasajero y acompañantes ocupaban el asiento trasero y partían rumbo a la estación. Con este ritual del transporte, resultaba imposible la discreción del viaje.

Recuerdo que cuando tenía que regresar a estudiar, después de las vacaciones, me despedía de mis familiares, quienes, previamente, habían hecho llamar al auriga, llegado éste, colocaba mi veliz junto a él y yo me iba caminando rumbo a la estación, charlando en compañía de los buenos amigos que deseaban despedirme.— La gente de mi barrio se quedaba con la curiosidad insatisfecha sobre la identidad del que partía.

Por muchos años el pulso de la ciudad en materia de novedades se medía en la Estación del Ferrocarril, primero llegaba el tren de pasajeros procedente de Tampico, partía éste y a continuación hacía su arribo el tren de Monterrey.— Toda esta actividad se desarrollaba de las 12 a las 14 horas.— Ido el último tren, la gente regresaba al centro y desparramaba las novedades acerca de quién llegaba, quién partía y sobre todo adquiría los periódicos del día ("El Mundo de Tampico" y "El Porvenir" de Monterrey) y enriquecían, así, su caudal noticioso. Posteriormente, con los

noticieros de la radio se fue extinguiendo la avidez por la noticia escrita y con el desarrollo de los modernos medios de comunicación decreció, también, la importancia social que tenía la Estación del Ferrocarril.

Siguiendo el hilo de mis recuerdos, quiero referirme a los buenos y pintorescos cocheros de mi pueblo, hablo de aquel entonces, no de la ciudad de primer orden en que se ha convertido Ciudad Victoria.

De estos cocheros resaltaban dos por su personalidad y trato familiar: el señor Pecina y el inconfundible Garcita; los dos muy bien educados, grandes conversadores que a la par que iban guiando y haciendo trotar su dócil caballo, sonaban con el pie el timbre de resorte cuyo sonido repetitivo no olvidaré jamás.

Del señor Pecina relataré un anécdota, tal como llegó a mis oídos y que pudo ser cierta, por la familiaridad existente entre los buenos vecinos de convivencia diaria: un respetado profesional, Abogado, tenía su despacho en la Avenida de Hidalgo entre las calles 9 y 10, su figura era imponente pues su estatura llegaba casi a los dos metros, de complexión gruesa, su peso excedía de los 120 kilos.— Teniendo necesidad de transportarse a una diligencia de carácter judicial y viendo que, el Sr. Pecina transitaba en su coche por la avenida, le hizo señal de parada con la intención de abordar el carruaje, ante su sorpresa y malestar, Pecina lo ignoró y se pasó de largo, yéndose a estacionar en el sitio acostumbrado en la Plaza; mas al instante Pecina se vino caminando por la banqueta, respetuosamente se encaró con el profesional y le dijo: "Sr. Licenciado, cuando necesite de mis servicios por favor no haga la indicación de parada por el frente, ¡porque si lo ve el caballo se echa!".

Al otro cochero la gente, por cariño, lo llamaba solamente por su apellido en diminutivo diciéndole: "Garcita".— Acerca

de él circulaba una conseja por todos aceptada como cierta, está relacionada la anécdota con el río San Marcos, que atraviesa la ciudad de poniente a oriente, bajando de la "Sierra Madre" y ligada también con los famosos y tradicionales "baños" o pozas que en el río se formaban y que los muchachos aprovechaban para nadar y disfrutar en sus vacaciones u horas de ocio.— El río por lo general con escaso caudal, se desbordaba en tiempo de lluvias, entonces oíamos decir a nuestros mayores: "si sigue lloviendo sobre la sierra se va a crecer el río".— Cuando se cumplía el pronóstico, era una diversión contemplar los enormes borbollones y oleajes que formaba el agua turbia al pasar por el cauce del río, así como los afanes de los vecinos al querer pasar de una ribera a otra en el diario trajinar.— Días después, el río perdía su caudal y con ello su impetuosidad, quedando como regalo para los aficionados a la natación y los muchachos ("inquieta palomilla de aquella época") las distintas pozas o baños, como les llamaban y que se formaban en las cuencas más profundas del cauce.

Persisten en mi memoria: "El baño del callejón Cinco", "El baño del Olmo", el de "La bajada de Cabido", el del "Puente de Fierro", el "Charco Azul" y el tradicional y permanente de "La Peñita", el más próximo a la sierra y al nacimiento del río.

En especial nuestro asunto se refiere al baño de "El Charco Azul" situado cerca de la llamada "Pedrera", en el barrio del "Bósforo".— Se llegaba a dicho lugar por el antiguo Camino Real a Jaumave, que corría entre la orilla norte del río y la Calzada Tamatán.— Quedaba dicho paraje muy lejos de la parte urbana.

"El Charco Azul" era el lugar escogido por un grupo de muchachos que todos los días se iban a bañar disfrutando su temporada de vacaciones escolares.— Hicieron suyo el lugar y se ingeniaron para obtener una mayor profundidad, formando

con piedras sobrepuestas una represa cuyos intersticios cubrían con ramas de la jarilla que abundaba en las márgenes del río, obteniendo por este medio tan sencillo, más comodidad y mucha más diversión.

Disfrutaron por un buen tiempo, hasta que un día apareció Garcita con su caballo y su carruaje, los cuales introdujo a la bien cuidada poza, bañó al caballo, lavó el coche y como remate de fiesta, Garcita, que se había quedado en traje de Adán, se obsequió con un soberano baño a varias repasadas de jabón y el indispensable estropajo que para este trance se requiere. De ahí en adelante, día por día, con la consiguiente desesperación de los jóvenes, llegaba Garcita, metía su coche, despegaba el jamelgo, se bañaba de pies a cabeza, agregando a lo anterior que sin miramiento alguno destruía la bien construida represa. Varias veces los muchachos le advirtieron, le suplicaron, lo amenazaron para que cesara en sus tropelías; pero Garcita sintiéndose dueño y señor de esos lugares, los ignoró y se negó a entrar en diálogo y razones. Entonces vino lo bueno fraguado por la palomilla: esa mañana del mes de julio, llegó Garcita al Charco Azul, metió carruaje y caballo; pero primero se desnudó en la ribera del río y dejó ahí toda su ropa, sin que por asomo podamos pensar que Garcita hubiera leído a Don José Ortega y Gasset, cuando aconseja que "antes de echarse a nadar hay que saber guardar bien la ropa", ¡qué iba a estar Garcita para esas lecturas ocupado como estaba en atender su cocheril trabajo!. A todo esto los muchachos, sigilosamente, se acercaron y hurtaron toda la ropa incluyendo zapatos y sombrero, se dieron a correr de regreso gritando por el Camino Real; ¡aquí llevamos la ropa de Garcita que se está bañando!.

Terminó Garcita su cotidiano baño, pegó el caballo al coche, los sacó del río y cuando quiso vestirse no encontró su ropa. Hasta entonces advirtió lo cruel de la venganza fraguada por los muchachos. Les gritó pidiendo y ofreciendo parlamento a cam-

bio de la devolución de lo suyo. Nadie le hizo caso porque ya no había nadie en el paraje. Desesperado; y dicen que la necesidad es madre del ingenio y Garcita encontró remedio al asunto: sacó del compartimiento existente en el asiento delantero del mueble, las cortinas ahuladas de color negro que se usaban para protegerse de la lluvia, encortinó todo el carruaje, se metió desnudo al vehículo y en pleno medio día de un mes de julio canicular, Garcita hizo su aparición, primero por el Camino Real, luego entró por la Alameda, tomó la calle de Zaragoza; pero para entonces la gente advertida de la juvenil ocurrencia, esperaba por las aceras el inusitado paseo, hacían parada preguntándole: "¿va ocupado Garcita?" y éste contestaba: "¡sí, va ocupado!" y no faltaba curioso, (émulo de Santo Tomás) que levantara las cortinas y clavara el ojo a riesgo de perderlo de un latigazo; pero Garcita no era de natural iracundo, se sentía indefenso y al trote de su jamelgo entró por el portón, siempre abierto, de su domicilio, le gritó a su señora previniéndola del caso y ésta salió provista de una sábana, que le pasó de mano al adánico auriga, quien tras las ahuladas cortinas, se ensabanó; bajó del coche y entró a su casa disfrazado de Patricio Romano o de Apóstol para representación de la Última Cena. Momentos después, los muchachos le arrojaron sus pertenencias por el portón de la casa demostrando así que eran traviesos y vengativos; pero no rencorosos.

El resultado, según refiere la conseja, fue que desde entonces Garcita prefería ir, con carruaje y jamelgo a la llamada "Poza de los Pizarrines" situada río abajo y atrás del Panteón Municipal, paraje desarbolado, pero completamente alejado de travesuras de rapaces.

La ocurrencia la refiero tal como circulaba en los tiempos de una ciudad apacible que permitía que estas cosas fueran ciertas y que se podría decir en buen romance: "Cosas veredes oh Cid que faran hablar las piedras" o bien: "¡O Tempore! ¡O Mores! que una vieja traducía, diciendo: "¡Oh, tiempo de mis amores!

La alegría de recordar (1930-34)

CON qué satisfacción asistimos en un septiembre de 1930 al primer día de clases, ya éramos alumnos de la Escuela Normal y Preparatoria de Tamaulipas.— Polluelos apenas emplumados, engolando con esfuerzo la voz, nos presentamos soportando el martirio del primer traje (generalmente azul marino) y el dogal de la primera corbata torpemente anudada.— Y por primera vez nuestras ínfulas de estudiantes se vinieron al suelo con los tijeretazos aplicados al envaselinado pelo, al sufrir el escarnio del bautizo inicial.

Como procedíamos de escuelas para varones, sentíamos el natural azoro al estar junto a las juveniles "ellas".— El paso de los días nos mostró que eran inofensivas, (hasta entonces), solamente se ocupaban en estudiar, conversar y secretarse con la maestra.— Nosotros ni siquiera merecíamos una mirada de reojo.

El primer día de clase conocí a Manuel Parreño, amistad a primera vista y de ahí partió una fraternidad sólida. Yo respeté su ideología insobornable y él nunca trató de catequizarme.

Al llegar a primer año de Normal, los tres grupos iniciales se fundieron en uno solo y nos tratamos con más fraternidad, definiéndose para siempre la esencia de la generación 1930-36.

Me tocó acompañarlos por todo ese año.— Viví sus inquietudes estudiantiles, la complicidad gremial, burlando la vigilancia de Chalfa (la prefecta), para irnos de paseo a la sombreada y fresca Alameda.— Amenizaba este jolgorio el bajo cuerda de Prieto Arredondo, la guitarra de Parreño, el violín de Pillo Méndez y la flauta de Juan Muñoz. Ahí se disfrutaba y se bailaba al amparo de un compañerismo ejemplar.

El Lic. Fidencio Trejo Flores, con su elocuencia, nos mostró el mundo de la cultura y del valor civil, las cátedras sustentadas por nuestros doctos e inolvidables maestros, nos prepararon para emprender, en la vida, el camino que no tiene más regreso que la senda del recuerdo.

Persisten en mi recuerdo las hermosas veladas y festivales en que participaron nuestras compañeras en el Teatro Juárez y en el Salón de Actos de la Escuela, los bailes por motivos especiales, celebrados en sus amplios corredores, las orquestas de "Los Prado" y los "Hermanos Cárdenas" con los fox inolvidables; era la época dorada de la Música Norteamericana.— Resurgen las canciones de entonces: Rosa, La Espina, Ma. Elena, Peregrino, Mujer, Indita Mía y los coros dirigidos por el Profr. Joel García: "Tan rojos son tus claveles como hondas heridas crueles", "Secreto que juré de todo corazón", la vibrante marcha de La Normal, letra del Maestro Rafael Balandrano, a Don Alvaro Pérez y sus misiones culturales por todo el Estado. La alegría musical de la Plaza Hidalgo, las intervenciones de los Hermanos Flores, Pompeyo Gómez y Pedro Alfonso Núñez, sus serenatas en noches de luna (o sin ella) ante las discreta ventana, del barrio de nuestros mejores recuerdos y de las primeras andanzas.— Canciones que perduran, que no se han ido, ni se irán:

"Kermesse", "Reinecita", "Chacha Chachita", "Misa de Once", "Centinela Tamaulipeca" y "Desvelo de Amor".

Recuerdo que como cilicio de Fraile, mortifica; pero fortifica el espíritu y desde entonces sentimos que éramos y somos románticos, porque recordando a Rubén Darío, con él decíamos:

"Románticos somos:—

¿Quién que Es, no es romántico?

Aquel que no sienta ni amor, ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino, será lo mejor"!

Y hasta aquí.— Después de 1934 cumpliendo con mi vocación, tomé rumbo distinto. Felipe Cisneros Villarreal, mi entrañable compañero, me convenció para irnos a estudiar a la Universidad de Nuevo León, donde concluí mi carrera profesional. Mas nunca quedaron rotos los lazos fraternales: La oportuna epístola, las vacaciones, la amistad no interrumpida, produjeron el efecto de que se me considere siempre, hermano de esta generación.

Pero hagámos sonreír ligeramente al ayer, recordando, de aquellos días, dos ocurrencias en las que fueron partícipes, en gran parte, elementos varoniles de nuestra época.

Ya dije que las escapadas hacia la Alameda eran amenizadas por un improvisado conjunto musical, mas debo agregar que con el mismo, salíamos en significadas ocasiones para llevar gallo, serenata o parranda.— Entonces las ventanas escogidas recibían el inevitable riego de sus notas sentimentales. El grupo musical adquirió, cierta maestría, para ofrecer estos obsequios líricos, con satisfacción del pretendiente y desvelo de los padres de la agasajada y de ésta, cuando el aspirante no era de su agrado.

Sucedió que llegó a la ciudad un mocetón, que por el acento de su voz, (cantaleta), revelaba proceder de la Capital o del Centro del País y vestía ropa de innegable procedencia fronteriza.— Desde su arribo, cayó mal entre los muchachos su actitud arrogante y su poco interés por relacionarse con ellos acabó por derramar las gotas que ocasionaron el naufragio.

Esta antipatía se hizo mayúscula cuando se advirtió que el elemento femenino, proclive a la novedad, tendía a entrar en comunicación con el forastero, a quien llamaremos con el nombre ficticio de Teobaldo.

Aumentó más la desazón de los jóvenes varones cuando se supo que "la flor más bella del ejido" (como la bautizara Raúl Moctezuma) andaba prendada del forastero, quien ni por eso se dignaba inclinar la nariz y fumar entre clase y clase, el obligado cigarrillo que hubiera simbolizado la pipa de la paz. En otras palabras: la paz estaba prendida con alfileres de la falda de la Madre Escuela.

Ante el avance de la conquista y para detener la marcha triunfal del Romeo forastero, surgió la conjura para lograr el repliegue, ideando un envite que fue de jaque mate.

Con las huestes del "Chueco Valladares", amo del bajo-cuerda, agregadas a los músicos noveles, se organizó una bien surtida orquesta, y una noche oscura, por ausencia de la luna y deficiencia del alumbrado público, se presentaron frente a la casa de la pretendida y le dieron serenata; ¡pero qué serenata! La iniciaron con "Me importa madre", le siguieron con "La Chancla" y luego con "Hija de la guayaba". Lo anterior, salpicando con exclamaciones de reconvencción, diciendo en voz alta: "¡Teobaldo!", ya te dijimos que "andando borracho no trajeras serenata", "¡compórtate Teobaldo!", "¡suelta la botella, ya la quebraste", (y se oía el estrépito del estrellamiento del cristal) "¡Teobaldo: los postes son para sostener los alambres, no los

riegues!" y así por el estilo, todo encaminado a evidenciar la presencia de quien a esas horas, sin duda, estaría entregado al sueño reparador.

Terminó la serenata con la retirada del "grupo en concierto".— La calle quedó quieta, sólo dentro de la casa flotaba un ambiente de malestar que se traducía en toses iracundas y entre chocar de muebles, en la reinante y doméstica obscuridad.

Excuso decir que a la mañana siguiente, en la escuela, al querer saludar Teobaldo a la pretendida, ésta lo recibió con la frialdad de un témpano en pleno polo norte y dándole la espalda entró al salón de clase.

Nunca se supo si hubo reconciliación o no; pero desde entonces quedó flotando, pendiente como cortante espada, una tremenda amenaza: "¡Si te portas mal, te llevaremos serenata!"

El otro sucedido está relacionado con el espíritu inquieto y alegre de Manuel Parreño, quien tenía su domicilio unas dos calles antes de los panteones y a la vuelta de la manzana vivía un sujeto, bigotes de alacrán, sombrero de ala en pico, voz tonante y espíritu de esos que la gente denomina: "contreras", porque a todo le dan contra.— Era un perenne inconforme del gobierno, pregonaba que él sí había olido la pólvora en la Revolución y que ojalá, como rescoldo, volviera ésta a prender y tener, así, la oportunidad de disparar muchos "cuetazos". Todo esto lo proclamaba levantando el sombrero y dando pasos de "diablo de pastorela", según nos lo describía Parreño.

Para mala fortuna de Don Porfirio, porque así se llamaba el declamatorio personaje, encontró como confidente a Parreño, éste le siguió la corriente con respecto a las ansias de lanzarse al ruedo, dizque, de una nueva revolución.

De todo esto, nuestro amigo nos tenía al tanto, refiriéndonos los diálogos sostenidos con su interlocutor.

Hasta el día en que nos dijo: "Se me hace que este viejo es puro hablador y si ustedes tienen paciencia, lo voy a demostrar".

Y llegó la oportunidad de la prueba: Don Florencio Porras, su abuelo, llegó una tarde procedente de Güemes conduciendo dos bestias de montar, Parreño aprovechó la oportunidad y al día siguiente, muy temprano, se vistió de ranchero, ensilló los dos caballos y encajó en las correas de las monturas sendas carabinas de las llamadas 30-30, muy viejas por cierto, montó un caballo y llevando al otro estirando de la reata, se plantó con este avío frente al domicilio de Don Porfirio y a grito abierto lo llamó por su nombre.— El viejo salió pronto y ante su azoro, el armado jinete le informó, como si fuera un parte militar, lo siguiente:

"Don Porfirio: vengo por usted porque detrás de los panteones, en Las Vírgenes, tengo doscientos hombres de a caballo, perfectamente armados, lo han nombrado jefe de la revuelta; le informo que atacaremos la Ciudad cuando se ponga al frente del ejército renovador".

"Pero . . . , hombre, ¡Don Manuelito! ¿qué ha hecho usted?" contestó Don Porfirio con el semblante demudado y los bigotes caídos, sin denotar ferocidad alguna.

La mujer del viejo, que oyó toda esta relación, le gritó angustiada: "¡Porfirio!, ¡métete!, ¡no le hagas caso al señor, te va a comprometer, todo esto te pasa por andar con tus habladas!".

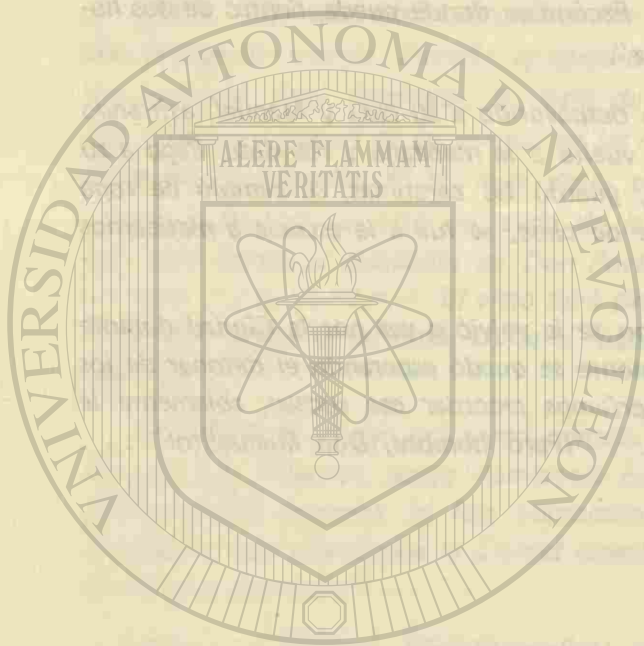
"¡Mire, Don Porfirio!", dijo Manuel, "la revolución ya se vino y con Ud. o sin Ud. atacaremos la Ciudad".

Al supuesto revolucionario, el pánico le hizo efecto en las corvas y se hincó diciendo: "¡Don Manuelito, por lo que más quiera no me comprometa!".

"Mire viejo hablador:— Por su señora lo voy a dejar; pero de todas maneras Ud. saldrá perdiendo porque está a dos fuegos: Si lo ven los rebeldes, lo van a colgar por "coyón" y si lo agarran los federales de seguro que lo fusilan, porque ya saben que usted prendió la mecha.— Escóndase donde pueda, dentro de dos horas empezará el ataque".

El viejo se metió despavorido a su casa y Manuel, estirando el otro caballo, dio vuelta a la manzana y riéndose, llegó a su domicilio, desensilló, guardó las carabinas, se cambió de ropa y como ya era hora de clase, se fue a la escuela a platicarnos el desenlace.

A Don Porfirio no se le volvió a ver por la Ciudad durante varios meses. Inútilmente se quedó esperando el detonar de los rifles y cuando queríamos recordar ese suceso, solamente le decíamos a Parreño: "¡Pero hombre, Don Manuelito!" . . .

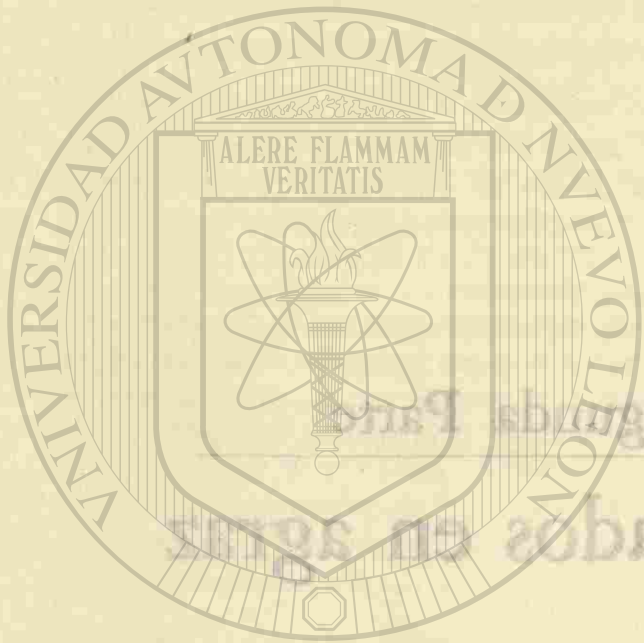


Segunda Parte

Abogados en agraz

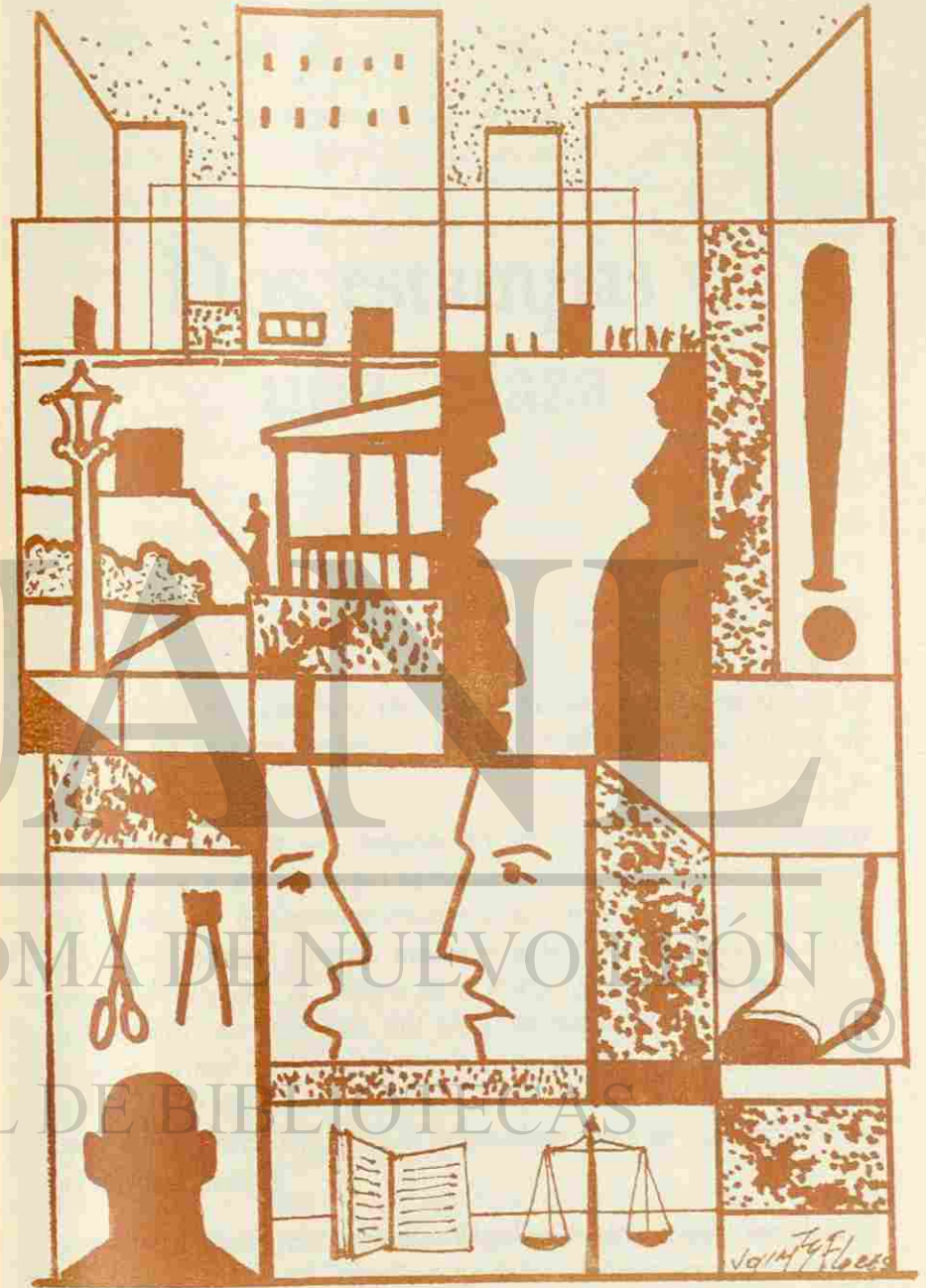
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

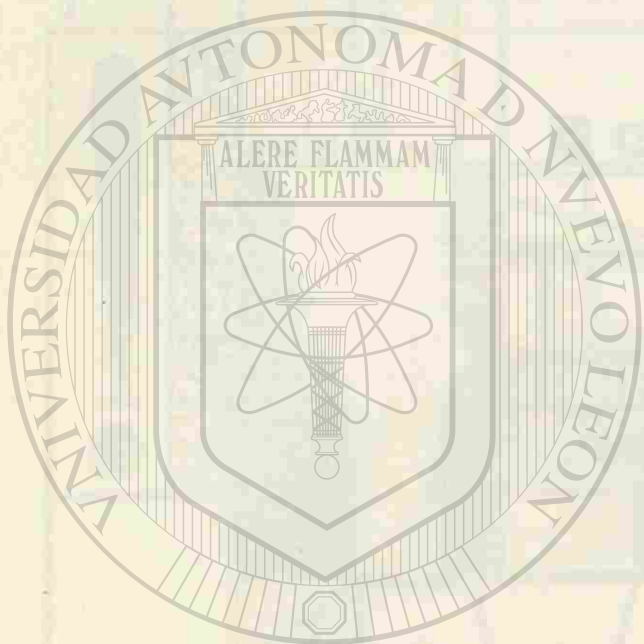
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Dos estampas - una plaza

I

REGRESO, en la añoranza, a los principios de los años 40.— Tengo frente a mí, como una tarjeta postal, el cuadrilátero casi perfecto de lo que fue la Plaza Zaragoza en el tiempo de mis recuerdos.— Es una mañana de los inicios de otoño.

Por milagro de la imaginación los personajes allí impresos toman vida y tornan a sus actividades cotidianas: unos, viniendo del rumbo de la Catedral cruzan a sus oficinas o sus despachos, otros, en sentido inverso, marchan a la tertulia mañanera en el Casino Monterrey. Al centro de la Plaza varias personas se saludan con afecto, los choferes del sitio de autos "Cheto" pacientes, esperan entrar en servicio y los habituales miembros de la cofradía del descanso, si no dormitan, hablan mal del gobierno; pero eso sí, disfrutando de la comodidad gratuita que les ofrecen las bancas públicas.

En los bajos del Palacio Municipal despachan los Jueces Menores.— Por sus amplios portales pululan activamente los litigantes. Un tinterillo asoma tras uno de los pilares, husmeando

en busca de algún incauto demandado a quien asesorar.

En el segundo piso del Edificio Municipal, el entonces joven Secretario del Ayuntamiento, organiza un homenaje al Maestro Alvarado quien ha de venir a recibirlo desde la Ciudad de Durango, así como el ciclo de conferencias que sustentarán Don Antonio Caso, José Gaos, Luis Recaséns y Don Alfonso Reyes, de recuerdos imperecederos para los amantes de la cultura.

Terminadas sus clases mañaneras, por la calle de Abasolo entre el Casino y la Catedral, irrumpen los inquietos estudiantes de la Facultad de Leyes. Por ese día la vieja casona situada en Diego de Montemayor, quedará silenciosa. Bullangueros, cruzan la Plaza, llegan a su esquina de las calles de Zaragoza y Correidora, y de allí, unos irán a los Juzgados para iniciar sus prácticas forenses, otros caminarán rumbo a "Sanborns" para su palique diario, con esbozos de inquietudes filosófico-chismográficas y regalo de café y donas, donde oficiará de sumo pontífice algún maestro invitado o que acertó a reunirse por allí. Los otros tomarán rumbo al Círculo Mercantil a seguir con la partida de dominó, pendiente del día anterior.

En la esquina ha quedado el resto de los estudiantes. Un automóvil convertible circula lentamente, una dama va al volante, otra le acompaña, platican con animación de tantos y tantos temas que deben inquietar al espíritu femenino. La que maneja lleva su mano extendida fuera del vehículo y la mueve al compás de la plática; uno de los estudiantes baja de la banqueta, se inclina ceremonioso, toma la ondulante mano y deposita en ella un respetuoso beso. Hasta entonces advierte la descuidada dama el homenaje que todos han presenciado con regocijo, retira su mano con presteza. El vehículo sigue su marcha, los muchachos ríen de la ocurrencia y ríen a la vida sin inquietarse por el mañana.

En la misma esquina hace su alto el camión de transporte urbano. Lo aborda un estudiante, bajo de estatura, pelo castaño, ojos color verdoso, en tanto que otro de bigote grueso, de quebrada cabellera, simula, con el ademán y con la voz, ser un afeminado e insta con palabras melosas y berrinchitos, al que subió al camión, para que regrese. Al negarse el requerido a bajar, lo tacha públicamente de ser un mal agradecido y le recuerda que el traje que trae puesto, él se lo ha comprado. Ante esta pública denuncia, responde el agraviado con un estentóreo recordatorio para la autora de los días del supuesto afeminado, tercera inocente que a esas horas trajinará en su bendito hogar.

Marcha el camión y ante las miradas sospechosamente acusadoras de los pasajeros, el vociferante, rojo de vergüenza y de ira, se baja en la siguiente esquina. El grupo ríe a mandíbula batiente y a todo volumen, al oír las carcajadas, el corto de estatura, abriendo los brazos en totalitario ademán, como si manejara una manguera de bombero y con fuerte voz hace extensivo el recordatorio para todos los participantes y se pierde en el tráfigo de Morelos.

El alegre grupo aborda el siguiente transporte, lo llenan por entero, no han depositado el importe del pasaje en el ánfora y ante la negativa de pagar, el chofer tiene una idea revanchista: la ruta pasa por frente a la Penitenciaría, sin hacer parada, los conduce a los bajos del Edificio, ahí está la Demarcación de Policía. Para bruscamente, le habla al Comisario y le expone la queja. Don Manuel Elizondo reconoce a los pasajeros, mueve bonachonamente la cabeza, se atusa el poblado bigote y le dice al chofer que siga su camino. Ante el azoro de éste, los muchachos descienden rápidamente y suben al segundo piso a desempeñar sus labores como escribientes o meritorios en los Juzgados de Letras. Con un ¡gracias Don Manuel!, pagan la gentileza del señor Comisario.

II

Pero existe otra postal de la Plaza Zaragoza, que al tomar vida por el poder de la añoranza, se convierte en custodia del más delicado tesoro de este solar: Cuando en domingo después de misa de doce, salen de Catedral las mujeres regiomontanas. Como bandadas de palomas invaden los andadores. La Plaza se viste dominguera, se llena de inquietudes y de musicales palabras en boca femenina.

Los mozos observan, los que son conocidos se acercan y saludan, los otros harán lo posible para ser presentados.— De allí, en sus coches, quienes los tengan, irán al tradicional paseo de la Alameda.

Mas cuando la Plaza llega a su máxima actividad social es por la noche al desarrollarse la serenata del domingo: flor de la pulcra provincia.

En el Kiosko, el maestro Gustavo Quiroga dirige la banda de música oficial. A su compás como fondo armónico, el constante circular de la juventud reinera, ellos en un sentido, ellas en el contrario; cruzando como flechazos las miradas, que de ser certeras se han de formalizar en un idilio más, por ellos buscado y por ellas discretamente anhelado. ¡Cuántos nidos regiomontanos ahí empezaron a entretejer sus pajas!— ¡Felices abuelos que recuerdan la primera mirada y el triunfo del primer acompañamiento al ser admitidos en la otra ambicionada y circulante fila!

Mas ellas tenían el complejo de cenicientas tempranas: sonando las diez campanadas de la noche en el reloj de Catedral (porque en los tiempos de estos recuerdos, el reloj aún funcionaba), se iniciaba la desbandada por las cuatro esquinas de la Plaza.

Las diez campanadas, como orden paternal, eran el toque de

marcha hacia los hogares. Se deshacía el embrujo y como un foro sin telón quedaba el escenario, en minutos, desierto. La banda con una marcha final, señalaba su despedida y solo quedaba flotando en el ambiente la musicalidad femenina del prolongadísimo Adiosos . . . que tan armonioso se oye en garganta de mujer regiomontana.

Posteriormente las parejas con relaciones más formales o las muchachas y los jóvenes en grupo, idearon el artificio de prolongar la nocturna tertulia encaminándose hasta la nevería Cuauhtémoc a tomar algún refresco. Un lapso nocturno más, robado al domingo. Ahí imperaba la bulliciosa alegría. La sintonía incesantemente reproducía: "Amor Perdido", "Vengo a decir adiós a los muchachos", "Hojas Secas" y otra canción que se refería a un ángel que se había salido del cielo, nada más que vestido de mujer. Ma. Luisa Landín nunca fastidiaba y por el artificio del acetato, cantaba y cantaba, sin fatigar nunca su garganta ni opacar su voz.

Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial: "El adiós a los muchachos" conmovía a los cursis hasta las lágrimas al dolerse de "dejar sola a mi pobre mamá" . . . y cuando el cantante preguntaba, "¿quién le hará un favor si necesita?", irreverente, un amigo nuestro decía: "¡según esté la señora, compa!".

Volviendo a lo que fuera la tradicional Plaza de Armas, traeré a cuento un incidente humorístico con sabor a bronca.

Tripulando un automóvil convertible, cierto grupo de jóvenes, acostumbraba durante la serenata dominguera, circular lentamente por las calles que rodeaban la Plaza, desde esa cómoda posición lanzaban el dardo de sus miradas hasta la fila de las damas desfilantes.

Al sonar la hora de la desbandada, idearon la travesura de seguir a las parejas de novios que ya iban rumbo a sus domi-

cilios, escogían a una de ellas y al llegar a la esquina que consideraban propicia, paraban el carro, se bajaba uno de los del grupo y violentamente reclamábale al galán: "¡No quiero que andes con mi hermana!" y a la palabra seguía la acción: le daba dos o tres aventones o una guantada, en eso los del carro le gritaban que esa no era su hermana, el agresor simulaba reconocer su error y sin disculparse, rápidamente subía al vehículo y se perdían de vista. El novio se quedaba reclamando a la acongojada muchacha la acción del supuesto hermano. ¡Ojalá que todas hayan logrado aclarar el ingrato infundio de broma de tan mal gusto!

Sucedió que cierto sujeto supo de estas gracejadas y suplicó reiteradamente que le dieran una oportunidad de participar en ellas. Tanto rogó que al fin fue admitido y en noche de serenata se presentó vestido de punta en blanco. Lo subieron al automóvil e iniciada la desbandada, tomaron por las calles detrás de Catedral. Escogieron a un joven alto y fornido, se lo señalaron y bajando a tierra sin más se abalanzó reclamando lo de su supuesta hermana y le propinó dos sonoras bofetadas al sorprendido novio y luego exclamando: "¡no es mi hermana!", emprendió la retirada rumbo al lugar donde lo esperaban sus amigos, recibiendo la desagradable sorpresa de que ya se habían alejado dejándolo solo frente al ofendido, quien reaccionó indignado.— La muchacha aclaró que no era su hermano y de ahí para adelante, su acompañante la emprendió a golpes en contra de su gratuito agresor, propinándole una tunda fenomenal de la que sólo se pudo poner a salvo rodando por el suelo hasta ir a refugiarse bajo un vehículo providencialmente allí estacionado, perdiendo el traje su albura inicial. El novio se retiró del teatro del suceso, a instancia de la muchacha y hasta entonces pudo dejar su refugio el ex-blanco palomo.

A golpizas de este género, las gentes les llamaban "zapaterías" por aquello de la zapatiza recibida. En el caso de esta

reseña, corrió como reguero la noticia de que al frustrado agresor le habían puesto "una zapatería" y voces anónimas, incesantemente por teléfono, le acosaron preguntándole por la existencia de estilos y tamaños del calzado de su supuesta tienda. Se dio cuenta del escarnio, descolgó el aparato comunicador y por un mes no se le vio por la calle y nunca se volvió a parar en las serenatas, que para él resultaron de muy ingrato recuerdo.

Cesa la añoranza.— La postal se torna inmóvil.— En tanto que en la Plaza vecina, una lámpara votiva sigue ardiendo:— El recuerdo que se niega a morir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Abogados en agraz

INGRESAMOS a la Facultad de Leyes y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León, en septiembre del año de 1937, sentíamos que de la escalera que constituye la carrera profesional, estábamos ya pisando el primero y amplio peldaño, supuesto que, habiendo pasado por la preparatoria del Colegio Civil, ahora estábamos inscritos como alumnos de una Facultad formativa, para llegar a ser profesionistas aptos en ejercer el Derecho y asomarnos con entusiasmo a la realización del valor Justicia.

El edificio de la escuela está situado en las calles de Diego de Montemayor cruz con Abasolo, nos inscribimos en el primer año, 36 alumnos, con la consiguiente alarma de los educandos de los años superiores, pues con ellos sumados daban un total de 136, según nos lo reveló el secretario de la Facultad.

Recuerdo que se dio un incidente único en la historia de la ahora nuestra Facultad, incidente que sin duda fortaleció para toda nuestra vida profesional, el sentido de solidaridad.— Esto se originó por la costumbre que existía de practicar el "bautizo"

o novatada con los alumnos de nuevo ingreso.— Pues bien, la tarde del primer día que ocurrimos a clases, un grupo de alumnos de años superiores, se preparó para tomarnos de sorpresa al salir de la última de ellas, aprovechando, que los maestros ya se habían retirado.— A tal efecto, cerraron las hojas del único portón del edificio y que daba a la calle de Abasolo.— Se aprestaron, provistos de tijeras y máquinas para cortar el pelo, a ejecutar la novatada prevista; pero ante la sorpresa de los agresores, se encontraron con que las fuerzas contendientes estaban equilibradas en igual número de individuos, pues hay que tomar en cuenta que los alumnos ya casi abogados, de los años superiores, no se ocupaban de esas ocurrencias.— En estas condiciones, como ya explico, procedimos a tomar por los brazos a algunos de los "oficiantes", los inmovilizamos y lanzamos la advertencia de que por uno de los nuestros que "bautizaran" trasquilaríamos a otro de los suyos.— El encuentro terminó en amenaza y recogimos como botín, unas tijeras y una máquina para cortar el pelo.— Quedó flotando la advertencia de que para el día siguiente sufriríamos el escarnio de la novatada.

Al siguiente día, por acuerdo unánime, nos reunimos en la Plaza Zaragoza y a la hora de la primera clase, juntos hicimos nuestra entrada al edificio escolar y no sucedió nada.— Así fueron pasando los días; "el tiempo es buen amigo" dice el proverbio y con su transcurso, los bautizantes olvidaron su amor propio y nosotros nuestra actitud defensiva, convivimos, en el estudio, con el resto de los alumnos y la paz y el olvido imperó para siempre.— Mientras fuimos alumnos nunca se practicaron novatadas o bautizos.

La circunstancia de estar siempre unidos, al acecho y preparados para la juvenil defensa, infiltró en nosotros una fuerte unidad que aún perdura, agregando a lo anterior que desde los tiempos vividos en el Colegio Civil ya formábamos un grupo de unión sólida, (para muestra un botón): Con un paro

estudiantil logramos que terminara el sistema de Celadores que regía desde la fundación del establecimiento.

Absorbimos con avidez las enseñanzas y las doctrinas que constituían las materias que íbamos cursando y que nos eran impartidas por doctos maestros a quienes siempre vimos y veremos con afectuoso respeto.

Este entusiasmo vocacional se manifestó al ascender a los años superiores, por la inquietud que teníamos de ejercer alguna actividad relacionada con nuestra futura carrera; de los nuestros, unos empezaron a litigar agregados al despacho de algún bien establecido abogado, otros por cuenta propia, ("echando a perder, se aprende, compañero"); otros conseguimos ser escribientes o actuarios de los Juzgados de Letras, del Tribunal de Justicia, o de la Junta Central de Conciliación y Arbitraje.

De estas actividades estábamos al tanto y nos gustaba condimentarlas con chascarrillos que, ciertos o no, tomaban crédito de verdad al irse propalando como noticia grupal.

Por ejemplo: existía un pasante de años superiores, que por su petulancia, caía muy mal y es que vivía haciendo alarde de numerosos negocios que se le encomendaban para trámite, decía que llegaba a su oficina a dictar promociones, demandas, u oír clientes, en fin, que por la forma en que exteriorizaba acerca de lo que nadie le inquiría, resultaba molesto, pedante o cursi si se quiere.— Uno de nuestros compañeros lo retrató cuando nos llegó platicando con la sal y condimento que siempre lo ha caracterizado, lo siguiente: "en la escalinata sur del Palacio Federal me encontré con el pedante ése, me saludó con entusiasmo y sin preguntarle nada, dijo: compañero, mucho gusto en saludarlo, hoy ando ocupado en un asunto de índole federal, nos despedimos y entró al Palacio Federal, sentí curiosidad por verlo en acción y lo seguí paso a paso,

cuando vi que llegó a la ventanilla expendedora de sellos o estampillas para el correo, compró unas de éstas y las pegó en una carta, la puso en el buzón y se salió por la escalinata que da a la calle de Washington". Ese era el asunto de índole federal que entre risas todos festejamos.

Decíamos que un Actuario, compañero nuestro, terminó su primera acta de notificación para un patrón demandado, diciendo: "y tomando el señor un mazo; se dio por terminada la presente acta de notificación que el demandado no firmó por haber corrido el suscrito Actuario".

De uno de los compañeros que se desempeñaba litigando, por cuenta propia, en los Juzgados Menores, se decía que sus clientes los conseguía entre los comerciantes judíos de la Calzada Madero, quienes le proporcionaban documentos al cobro firmado por los deudores, "la pura cascarita", decía el compañero y agregaba: "todo rete fácil"; pero una vez, siempre hay una primera vez, el demandado aunque de menor cuantía, ocurrió con un amigo verdadero Abogado, quien contestó la demanda, oponiéndose y pidiendo que el negocio se abriera a pruebas, etc., total, el compañero demandante se vio perdido en el farrago, para él, de impedimentos opuestos y ahí dejó el negocio, cuando el cliente le preguntó por el resultado, solamente, para justificar su inexperiencia, dio esta explicación: "lo que pasa es que nos 'enchuecaron' el negocio".

Otro compañero se aplicó de ayudante de un señor Notario Público y la raza lo embromaba afirmando que cuando dictaba acerca de contratos de compra-venta, en el clausulado correspondiente, su espíritu de buen cristiano lo impelía a dictar lo siguiente: "sigue declarando el vendedor, que en paz descanse".— Agregaban de él que otra vez lo encontraron vestido de negro en el cementerio de "El Carmen", pensativo, frente a un epitafio marmóreo.— ¿Compañero?, preguntó el que lo

encontró, ¿algún pésame o pérdida familiar?— No compañero, contestó el enlutado; estoy leyendo estos epitafios, pues ando en busca de las generales de un vendedor.— Por supuesto que lo anterior eran bromas para ir pasando y quitar la aridez de los años escolares, en tanto que nos acercábamos al término de la carrera.

Se festejaba como cierto que otro compañero, Actuario también, de los Tribunales de Trabajo, participó en Providencia Precautoria de la demanda en contra del patrón de un circo, ante el peligro inminente de que la Empresa se fuera de la ciudad, se presentó el demandante y su Abogado Director con el Actuario de por medio, notificaron la demanda, el empresario se negó a designar bienes y el demandante, por boca del litigante, escogió para embargo lo que más le iba a doler al patrón circense, el espectáculo cumbre: Pidió embargar los leones, así lo hizo constar el Actuario y se designó depositario a un amigo de los demandantes.— Todo iba bien; pero al día siguiente se pidió la ejecución del embargo, lo cual fue accedido y se presentaron las partes "demandantes" en las instalaciones del circo. Notificado el empresario por el Actuario de nuestra historia, dio orden de que entregaran las fieras al demandante, los mozos fueron hacia las jaulas y se aprestaron a abrir las puertas de las mismas, ante la alarma y protesta de los embargantes; el empresario solamente dijo: "señores, ustedes embargaron los leones, no las jaulas, yo no se las voy a dar, háganle como quieran".

Total: los demandantes le cargaron la culpa al Actuario, éste se defendió diciendo que se concretó a embargar exactamente lo indicado y las Autoridades Laborales cambiaron el objeto del embargo; el episodio quedó para los anales de la litigada.

A los escribientes de los Juzgados Penales nos levantaban el episodio de que uno de nosotros (se lo aplicaban al que querían fastidiar), en las diligencias testimoniales sobre un

zafarrancho sucedido en una casa de mala nota, se le preguntó a una de los testigos: ¿señora, y usted resultó herida en la refriega? y la interpelada contestó: ¡no señor, Dios me libre, fue entre la refriega y el ombligo!

Por último, relataré el incidente que le cargaban en el haber a un compañero litigante muy circunspecto, —perteneciente a cursos superiores.— Cerca de su domicilio existía una frutería y era el paso obligado para el compañero en cuestión. Una tarde el propietario lo detuvo preguntándole sobre si era abogado, al contestar afirmativamente le dijo el frutero que deseaba consultarle un caso legal, resulta, agregó, que dos chamacos todos los días, al regresar de la escuela pasaban y se apoderaban de la fruta que podían y se iban corriendo sin que les pudiera dar alcance, por la rapidez de la travesura, si así se le pudiera llamar. El señor estaba desesperado y preguntaba por el camino legal a seguir: “muy sencillo”, contestó el consultado, “de acuerdo con la ley, los padres o tutores son responsables por sus hijos o pupilos, inquiera Ud. quiénes son y ellos tendrán que pagar lo hurtado”.— El frutero dio las gracias muy complacido. Pasaron varios días y de nuevo el comerciante detuvo al letrado y muy contento le espetó lo siguiente: “fíjese Licenciado: resulta que averigüé que los chamacos son nada menos que sobrinos suyos, hijos de su hermana que vive con Ud., así que de acuerdo con su opinión legal me deberá de pagar la cantidad de \$358.00 que es el monto de la fruta robada. A lo que el profesionista sin inmutarse, rápidamente le reviró diciendo: está perfectamente bien; pero en tal caso Ud., a su vez me queda debiendo \$142.00 porque yo cobro de honorarios \$500.00 por cada consulta.

“Sr. Licenciado” dijo el frutero, “mejor así lo dejamos”.
 “Pues tiene Ud. razón. Que se conserve bien”, le replicó el cariñoso tío.

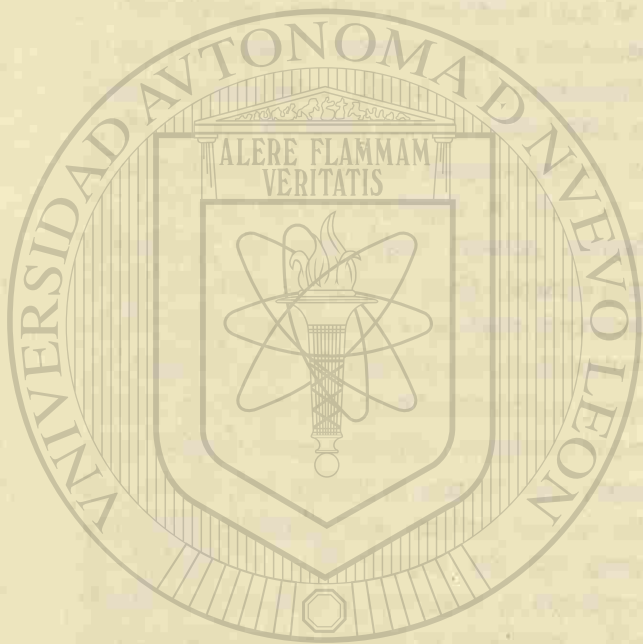
Entre bromas y risas, estudiando en firme, vimos coronadas nuestras ambiciones vocacionales; en el mes de junio de 1942, terminamos la carrera, y de fruto en agraz, a su debido tiempo, adquirimos la madurez que nos proporcionó la actividad profesional y la escuela de la vida.

Los discursos
embarazosos

JUAN

OMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los discursos embarazosos

EL paseo tradicional de las familias de Monterrey, eran los viajes al paraje denominado "El Topo Chico", situado en la congregación del mismo nombre al pie del cerro de "El Topo" aledaño a la Ciudad.— Originalmente facilitaba el acceso al referido lugar, un servicio de tranvías eléctricos, que transportaban a los paseantes ávidos de disfrutar un buen domingo o día de fiesta.

Para entretenimiento y solaz del paseante, existía ahí un parque arbolado y frente a éste unos baños termales provenientes del manantial de aguas sulfurosas que tenían bien ganada fama de ser salutíferas.— Muchas familias iban por el deseo de pasear, otras, con la esperanza o el pretexto de que dichas aguas influenciaran benéficamente en su salud.— Fuera ésta o aquella la razón del paseo, lo cierto es que regresaban satisfechos a sus hogares.— Pasaron los años, vino el progreso, la compañía propietaria de los tranvías los retiró del servicio; pero la tradición continuó, viajando los paseantes mediante una línea de camiones de transporte urbano que se denominaba: "Estación, Cd. Militar, Topo Chico".

Pues bien, cuando empieza mi relato del episodio a que se refiere este capítulo, era allá por los años de 38 ó 39 y de los atractivos del lugar en cuestión aún quedaban: los baños termales, y en especial, un increíble restaurante situado frente a ellos, del cual era propietario, si mal no recuerdo, el Sr. Manuel Contreras.— *Increíble restaurante, afirmo, por la abundancia y la sabrosura de los platillos regionales que ahí servían.— Una comida corrida constaba por lo menos, de doce guisados diferentes, que iban llevando al comensal de sorpresa en sorpresa con el arribo de nuevos y surtidos bocados.— Del precio ni hablar, enumerar servicio y precio haría enrojecer al más connotado restaurantero de nuestros días.— Se supo de varias personas que pasaron a mejor vida víctimas de un atracón de sustentamiento tal.— También se puede citar a varios ilustres tragones que ganaron apuestas al zamparse de seguido la totalidad de los platillos servidos.— No digo quienes fueron, porque aún viven y no sé si autorizarían a que se les publicara su bien ganada fama por salir incólumes y triunfantes del pantagruélico relleno.*

De uno de estos comensales, corto de estatura por más señas, cuando ya había embaulado todo el condumio, uno de sus compañeros, de los perdedores, le espetó: "¡Qué bárbaro, eres más grande por dentro que por fuera!"

Ahora bien, siendo estudiantes de la Facultad de Leyes y Ciencias Sociales de Nuevo León, nos desarrollábamos en nuestra práctica forense como escribientes en los Juzgados de Letras, Civiles o Penales, instalados, en ese entonces, en el austero edificio que formaba parte del frente de la Penitenciaría del Estado y daba precisamente a la Avenida de Pino Suárez.

Viniendo de oriente a poniente por la calle de Ruperto Martínez, se podía contemplar en toda su majestad, la estatua de la Justicia instalada al frente con la espada y la simbólica balanza en sus manos.

Este edificio fue derribado víctima de la picota ordenada por gobernantes que nunca tuvieron frente a ellos una oposición o crítica vigorosa digna de ser tomada en cuenta.

Era día de pago y nos reuníamos como solíamos hacerlo, los compañeros de nuestro grupo estudiantil, con la finalidad de convivir, agasajándonos con el bien ganado producto de nuestro trabajo.— Montados en este entusiasmo, unánimemente acordamos trasladarnos al popular restaurante de "El Topo", reclutando a los demás compañeros del grupo, escribientes o no, logrando reunir a casi toda la generación, ratificando, una vez más, la fuerte amistad que siempre nos ha unido, desde nuestra estancia en el Colegio Civil del Estado.

Quienes ya eran afortunados propietarios de un automóvil, por supuesto, de segunda mano, con toda voluntad accedieron transportar a los que formábamos entre las infanterías y como muchachos en recreo irrumpimos en el restaurante aludido, al que llegamos sedientos, hambrientos y con todo el optimismo de nuestra juventud: Nos instalamos ante una mesa acondicionada al efecto por el personal de servicio, para estar y compartir todos juntos.

En nuestro alrededor ocupando otras mesas y sus sillas correspondientes, había un buen número de comensales disfrutando del buen comer.

Se inició el servicio llegando con toda fidelidad los platillos con que era tradicional complimentar a los clientes y estando por terminar, digamos por los postres y el café, se me ocurrió urdir una gracejada que le diera un contenido ceremonioso al convivio: Aprovechando la circunstancia de que el compañero Oscar Treviño Garza ocupaba la cabecera de la mesa, me puse de pie y agitando el tenedor en un vaso, para lograr atención dije: "Compañeros: En esta solemne ocasión, nos congregamos para despedir de soltero a nuestro querido amigo Oscar Treviño

Garza (quien todavía ni soñaba casarse ni nada que se le pareciese); él, continué diciendo, con el entusiasmo y valor que presta la juventud, ha optado por tomar el dorado camino de la felicidad conyugal, lo felicitamos y deseamos que en la barca del ensueño en que navegará, marche siempre con el timón firme hacia la dicha eterna".

Oscar simuló estar emocionado y puso cara de circunstancias.— Prendió el artificio y a continuación Ricardo Margáin Zozaya se sumó a la chunga expresando: "Compañero Oscar tú como los caballeros castellanos vas a cumplir con honor y reciedumbre los dictados del amor y para ser feliz has escogido a una hija de tu hidalga tierra, como hidalgos son los tuyos".

Oscar Ayarzagoitia se puso de pie y siguió con el mismo tema, después, hilando de la misma madeja, el inolvidable padrino de todos nosotros Mauro V. Martínez agregó que: "A nombre de los que ya estamos casados, con hijos, te felicitamos y compartiremos contigo las experiencias de la vida".

A cada nueva intervención oratoria estallaban los aplausos y por fin, el supuesto agasajado, muy ceremonioso dio las más cumplidas gracias traducidas en elocuentes frases, fue muy aplaudido y al terminar su agradecimiento, sucedió algo inesperado: repentinamente una damita, que ocupaba con otras tres personas más, una mesa próxima a nosotros emocionada y estridentemente empezó a llorar y a la vez reclamándole al caballero que la acompañaba, sin duda alguna su novio, más o menos lo siguiente: "Ya ves, ¡qué joven tan valiente! él se va a casar, ¿y tu qué? tenemos seis años de novios y nunca se te han visto muestras de llegar al matrimonio, me has hecho perder buenos años de mi vida", y por ahí siguió con la hipiente cantinela.

El galán todo abochornado la instaba para que se callara y ella cada vez se ponía más histérica en sus reclamos, hasta que pu-

sieron fin al drama inesperado levantándose las cuatro personas y se salieron del local, abordaron su automóvil perdiéndose rumbo a Monterrey.

Nos quedamos festejando la gracejada y su efecto inesperado, siguieron los comentarios por un largo rato y satisfechos por el buen yantar regresamos a la ciudad.

La conclusión del relato anterior es la siguiente: Pasaron varios meses y en el de mayo, que la escuela los dedicaba íntegro para la preparación del examen final, estábamos Oscar Ayarzagoitia y el que esto escribe, estudiando en la Alameda Mariano Escobedo, cuando acertó a pasar frente a nosotros la misma pareja de los reclamos y de los bochornos; pero ambos del brazo y estrechamente unidos, él satisfecho del deber cumplido y a ella ostensiblemente se le notaba que estaba próxima a ser madre.— Desde luego que no nos identificaron y pasaron frente a nosotros practicando el paseo matinal que para tales casos recomiendan los médicos y las personas de experiencia, y Oscar cerrando el texto de estudio miró a la pareja y solamente dijo: "Mira compañero ¡nos resultaron embarazosos los discursos!".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Hablando de Beisbol

REUNIDOS un grupo de nuestra generación de la Facultad de Leyes y Ciencias Sociales de Nuevo León, se hilaba una de esas pláticas sabrosas que producen el efecto de desear que nunca se extingan.— Y al calor de este convivio fueron surgiendo temas, sucedidos, anécdotas, el “te acuerdas” y el “a propósito, yo también” . . . y sacando hilo de tal ovillo y puesto aquel en la rueca del pasado, fuimos hilando el tapete del recuerdo.

De ahí caímos en el tema del llamado “rey de los deportes” o sea el Beisbol, juego que casi todos habíamos practicado.

Algunos mostraron su incredulidad de que fulano o zutano, por lo voluminoso de su físico actual o por el desmirramiento que ahora exhibe, hubiera jugado tal o cual posición en el dicho deporte; pero en fin, en plan de compañeros, se borró la incredulidad y por reciprocidad cariñosa terminamos por admitir lo antes puesto en razonable duda.

De lo anterior se pasó a rememorar las grandes hazañas que los concurrentes habían presenciado durante las temporadas de nues-

tras Ligas Nacionales. Ponderando cada quien a su jugador favorito.— Dicen que de deportes, de religión y de política no hay que discutir, pues nadie se pondrá de acuerdo, y así, por el partidismo adoptado la tertulia amenazaba, nave en naufragio, con arribar a la playa del completo desacuerdo.— Entonces surgió providencial como ancla de salvación, la chunga oportuna: Mi compadre Salvador Garza Salinas afirmó que en su larga experiencia de aficionado al rey de los deportes, su memoria registraba los tres únicos y más famosos batazos producidos en la historia beisbolera de Nuevo León y eran, explicó, los siguientes: "El Home Run de Perro", "El Home Run de Macho" y el "Home Run de Genarito".— Y con esto desvió la discusión, platicando, con la sal con que condimenta tales guisos, los tan extraordinarios lances.

El primero de ellos sucedió cuando siendo estudiantes de Leyes, cada año, para celebrar el fin de cursos, Don Alejandro Garza padre de Salvador, nos invitaba a Villa Juárez, N. L. a saborear una barbacoa de res, aderezada con otras suculencias.— Invitación que terminó por hacerse tradicional y que aún evocamos con gratísimo agradecimiento y con la emoción que produce recordar aquellos tiempos idos.

Pues bien, después o antes del agasajo, sin precisar, se celebró un encuentro de beisbol, entre la novena del lugar y el equipo que en el acto se organizó con los visitantes.— Se debe de consignar, en aportación nuestra, que el hoy Lic. Salvador Garza Salinas, por amor y lealtad a su Patria chica, alineó, como dicen los cronistas de estos achaques, con las aguerridas huestes de su solar nativo.

El cronista es extendió narrando que:— Se jugaba en un campo llanero, su fondo lindaba con una pueblerina cerca de púas, tras ella es extendía un solar.— Ricardo Margáin Zozaya ocupaba la receptoría, Ricardo Flores de la Rosa el puesto que ahora ha hecho tan famoso a Valenzuela, Rodolfo González Castillo

la segunda base, el que esto escribe, el centro field, los demás ocupantes del cuadro beisbolero se pierden en la memoria.

Los villajuarenses eran un hueso duro de roer (más aún reforzados por mi compadre Salvador), no obstante, iban ganando los futuros hombres de la Ley con tres carreras de ventaja; entonces vino el desastre, cuando le tocó batear a "La Política", jugador estrella local, resulta que al primer lanzamiento le dio a la bola mandándola por el centro del campo y yéndose a meter como un medio metro tras de la cerca de púas. ¡Regresa la bola Enrique!, gritaba Rodolfo González Castillo y el que esto escribe no podía recogerla, imposible, pues un perro ladrador, fanático del equipo de casa, amenazaba con morder el brazo invasor que intentaba recobrar la pelota.— Fue necesaria la ayuda de una escoba vieja, ahí olvidada, para triunfar sobre el amenazante can.

Mientras tanto las bases se vaciaron.— Un hit sencillo se convirtió en lo que fue inmediatamente bautizado como "El Home Run del Perro", y así, los villajuarenses les sacaron a los visitantes, como quien dice, el triunfo de la bolsa.

Por supuesto que la amargura de la derrota fue endulzada con las suculencias de la inolvidable y tradicional barbacoa.

"El Home Run de Macho", agregó Salvador, sucedió también en su tierra cuando contendían dos equipos juarenses, resultó que a uno de ellos le faltaba un jugador e invitaron a un aficionado que, oportuno, llegó montando un macho que portaba a los lados de la montura sendos canastos que contenían trastos para cocinar.— El invitado aceptó jugar, e inmediatamente amarró su acémila al fondo del campo, en uno de los postes que sostenían un portal con techo de lámina metálica.

Empezó el encuentro.— Ya a mediados del juego sucedió que el bateador pegó un toletazo y la bola se fue, se fue y se fue como

decía el maestro de cronistas Don Manuel González Caballero, con tal tino que pegó sobre el portal de lámina, de ahí rebotó y fue a caer justamente, dentro de uno de los canastos que colgaban a los lados del fuste del macho, quien, al estrépito de las láminas y al impacto en los cachivaches, rebuznó sonoramente, arriscó las orejas, reventó la reata y sacó, en la reculada, el poste haciendo que el portal se viniera abajo y emprendió veloz carrera rumbo a su rancho; lo malo fue que se llevó dentro de uno de los canastos la pelota. La jugada fue declarada válida y se bautizó como de "Home Run de Macho".

Como de contertulios estábamos casi todos los integrantes del equipo más barbacollero que se haya visto en los anales de nuestra bien recordada Escuela de Leyes, al unísono recordamos, por último lo que se dio en llamar "El Home Run de Genarito".— Esto sucedió cuando organizados en equipo íbamos a practicar al pie del Cerro del Obispado.— El Sr. Lic. Genaro Salinas Quiroga, nuestro respetado maestro, nos pedía que lo invitáramos a tales prácticas y por el afecto que le profesábamos, siempre era aceptado en el equipo.

Esa tarde, la tarde del relato, llevó consigo a su hijo Genaro, aún niño, (hoy, un abogado que hace honor al nombre de su padre).

El niño llevaba un guante y una pelota nuevos, regalo de Reyes o de Navidad sin duda. El juego se inició, era catcher Ricardo Flores de la Rosa, al Lic. Salinas Quiroga, por respeto y cariño se le designó para que cubriera el primer field, lo más lejos posible de los pelotazos.

En tanto el juego se desarrollaba el Junior jugaba solo, lanzando al aire su pelota nueva muy cerca del catcher, Ricardo Flores, en un descuido del niño, rápidamente le cambió la bola nueva por la muy usada que estaba en juego. El niño siguió jugando sin advertir el cambio. En eso el bateador le pegó a la

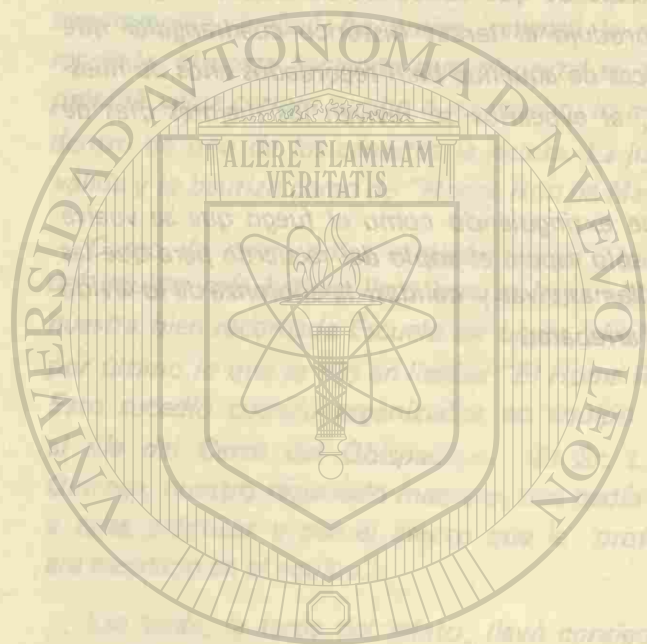
bola y ésta fue a caer, exactamente, a los pies del Maestro Salinas Quiroga, quien la tomó y al ir a arrojarla, primero la vio, la revisó y a los gritos de: "¡Doble a la segunda base maestro!", solamente dijo: "ésta es la pelota de Genarito" y se la guardó en el bolsillo con el resultado de que todos los corredores llegaron al Home.— Así se produjo el tercer histórico cuadrangular que registraran las crónicas de aquellos bien recordados años de nuestra vida estudiantil, al evocarlos se reviven los mejores días de nuestra existencia.

La plática se fue extinguiendo como el fuego que se vuelve rescoldo; pero que sólo espera el soplo del recuerdo para que las brasas se eleven en llamas vivas y cálidas: la añoranza de lo vivido que nadie nos podrá arrebatar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Despedidas de solteros

LE denominan "Despedida de Soltero" a los agasajos organizados en honor de las personas que, por fin, se deciden a convivir bajo el dulce yugo matrimonial.

Sabedores de que a cierto fulano le habían otorgado la mano de su dulcinea y fijada la fecha para la celebración de la boda, se reúnen sus amigos, generalmente a iniciativa de los solteros y le organizan un banquete que se cubrirá "a escote" por los asistentes (no faltará mal pensado que después afirme que al día siguiente del festejo, los organizadores salieron de gira a los Laredos, nada más los mal pensados, los demás, por ser muy hombres, aguantan la derrama calladamente).— De todas formas, resulta obligado que del sobrante, se compre algún presente para el despedido.

A propósito, en aquellos años especializamos un restaurante para tales eventos, pues en uno de sus salones existía pendiente de lo alto de la pared, un imponente adorno: dos bien pulidas astas de toro, unidas por un marco de madera. Ese salón fue declarado idóneo para las despedidas. Sin que lo advirtiera el agasajado, se le sentaba frente a la mesa bajo tan amenazante

signo, de ahí para adelante le dejaban ir todo el torrente oratorio de la ocasión, rematando la faena con la impresión de las infaltables fotos, que resultaban un fiel recordatorio de tan emotivo evento y a veces, de profético futuro.

En una de estas reuniones, uno de los asistentes, alérgico a las alocuciones, propuso que, para ahorrar tiempo, todos aquellos que trajeran discursos preparados o que fuera su intención perorar en torno al acontecimiento, lo hicieran simultáneamente.— Se aprobó por unanimidad la proposición.— En el mismo acto, puestos de pie los vociferantes, dejaron que las nubes oratorias descargaran la lluvia de sus palabras sobre los sumisos invitados.— Tras la tempestad vino la calma y los comensales se lanzaron sobre las sabrosas "agujas" especialidad de la casa.— El festejado bostezó menos y comió más, y aún recuerda con agrado una de las más apetitosas comidas disfrutadas siendo soltero.

Pasaron los años y el evento se hizo más audaz, en su, digamos, "actividad despedidora", terminando por introducirse al salón en que la fiesta se está celebrando y cuando ya los pretensos fueron declarados esposos.

El novio con un sometimiento de víctima propicia, en aras de la amistad, acepta que practiquen en su persona una colección de travesuras, tales como elevarlo, horizontalmente, en brazos de los amigos, lo más alto posible y a los compases de una marcha fúnebre, lo conducen los cargantes, paso a paso, por todo el salón, al mismo tiempo que lo desposeen del calzado y de la ropa en todo lo permisible.

De este rito, tan broncudo, la otra vez me enteré; por la prensa, de un incidente fatal que lamentarán toda su vida los oficiantes: resulta que al pasear al novio por el salón, llevándolo en todo lo alto, se les escurrió hasta el duro piso, fracturándose el cráneo.— El viaje de bodas terminó en viaje al hospital.

A propósito de estos accidentes, sucedidos por causa de las despedidas, un médico avisó a sus colegas y amigos su firme determinación de abandonar la soltería.— Había sido el azote del grupo, especializado en bromas para despedir a solteros, a tal grado, que los bien intencionados aconsejaban, venido el caso; "no le digas a fulano, el hotel, ni el lugar donde pasarás tu luna de miel" pues al saberlo era seguro el "telefonazo" directo a la alcoba, preguntando por la salud de los novios.— Se dio el caso de que telefónicamente dijo ser el representante de unas inocentes criaturitas que preguntaban por su padre, hasta ese momento, en feliz luna de miel.— Posteriormente, al regreso, todo se aclaraba, pero los días de la duda sembrada por la broma resultaron como de lija en el estómago de los lunamieleros.

Sabedores sus amigos, del mismo gremio, del paso que iba a dar, se concertaron para despedirlo con todo entusiasmo.— ¡Por fin ingresaría al matrimonio y dejaría en paz a los solteros!

El evento se fijó para la noche del día anterior a la celebración de la boda.

Con todo el entusiasmo se programó y desarrolló el festejo en un céntrico restaurante.— Se comió bien; pero se bebió mejor.— Al novio, víctima del entusiasmo amistoso, lo hicieron ingerir bebidas como náufrago.— Entre discursos, comida y tragos se fue la noche.

Al día siguiente despertó el despedido en su recámara con los terribles efectos de la resaca y también con la alarmante sorpresa de estar enyesado de toda la pierna derecha hasta la cadera.— Lo cuidaban dos de sus compañeros. Angustiado, preguntó de lo que no se acordaba y entonces le informaron que al salir del restaurante rodó por la escalera, pegó en el pavimento y se fracturó los huesos de la pierna. Que ante la inminencia del matrimonio y tratando de ayudar, ganando tiempo, lo llevaron a la clínica más cercana al suceso y le enyesaron la pierna fracturada.— Para mayor convicción le mostraron unas radiografías.

Ante la realidad de los hechos, vino la resignación y cesó su angustia cuando con el auxilio de dos muletas pudo dar pasos y por ende sentirse apto para asistir a su matrimonio.

La ceremonia transcurrió con el correspondiente festejo y los felices contrayentes fueron acompañados hasta el aeropuerto, iniciando su viaje de bodas, nada más con el inconveniente de la pierna enyesada, producto de los excesos sufridos en las famosas despedidas.

Al día siguiente de su regreso, se le fueron presentando al recién casado, sus amigos, compañeros médicos.— Después de saludarlo con efusión le dijeron: "venimos a quitarte el yeso de la pierna", "pero, objetó el paciente, si el hueso todavía no ha soldado" y ahí fue donde ardió Troya; al decirle: "es que no existe ninguna fractura, durante tu borrachera te enyesamos la pierna"; "¿y las radiografías?" preguntó, todavía incrédulo.— "Son prestadas", le aclararon.

El relato aquí se vuelve confuso e imposible de referir ante la serie de interjecciones de una parte y carcajadas de la otra.

Terminando por decir el falso paciente: "¡bueno, desgraciados, por mí que pase; pero lo que es aquella, no les va a perdonar el tiempo perdido!"

Tercera Parte

De otros lugares

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ante la realidad de los hechos, vino la resignación y cesó su angustia cuando con el auxilio de dos muletas pudo dar pasos y por ende sentirse apto para asistir a su matrimonio.

La ceremonia transcurrió con el correspondiente festejo y los felices contrayentes fueron acompañados hasta el aeropuerto, iniciando su viaje de bodas, nada más con el inconveniente de la pierna enyesada, producto de los excesos sufridos en las famosas despedidas.

Al día siguiente de su regreso, se le fueron presentando al recién casado, sus amigos, compañeros médicos.— Después de saludarlo con efusión le dijeron: "venimos a quitarte el yeso de la pierna", "pero, objetó el paciente, si el hueso todavía no ha soldado" y ahí fue donde ardió Troya; al decirle: "es que no existe ninguna fractura, durante tu borrachera te enyesamos la pierna"; "¿y las radiografías?" preguntó, todavía incrédulo.— "Son prestadas", le aclararon.

El relato aquí se vuelve confuso e imposible de referir ante la serie de interjecciones de una parte y carcajadas de la otra.

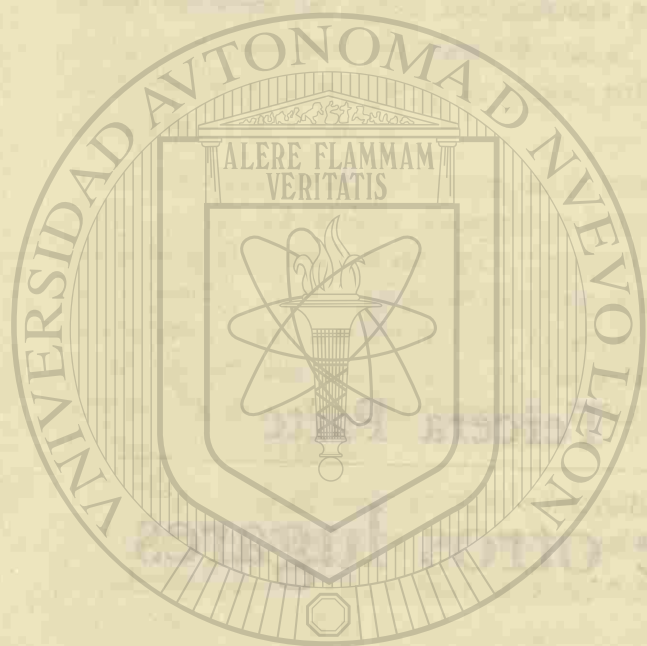
Terminando por decir el falso paciente: "¡bueno, desgraciados, por mí que pase; pero lo que es aquella, no les va a perdonar el tiempo perdido!"

Tercera Parte

De otros lugares

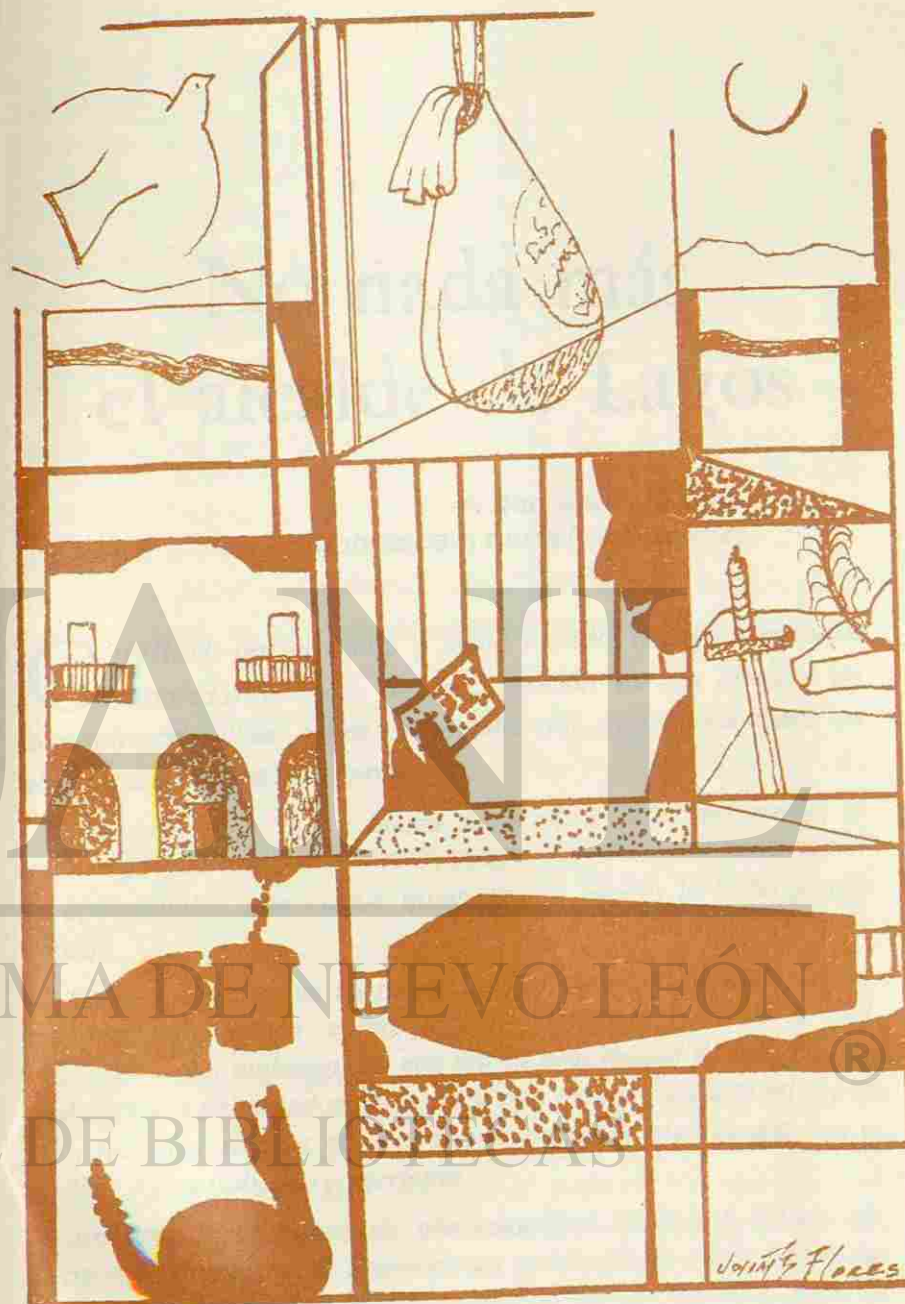
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

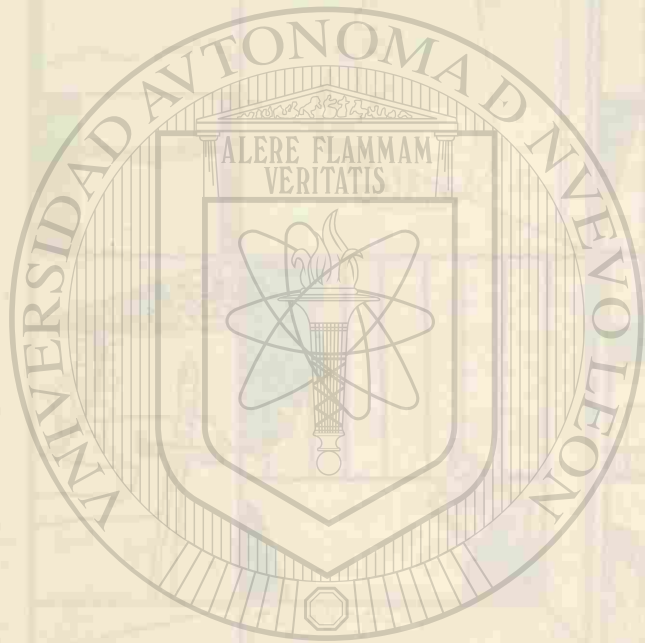
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No nada más el alcalde de Lagos

A Don José P. Saldaña,
Cronista de la Ciudad de Monterrey

CORREN, por el ancho y ajeno mundo, múltiples consejos elaboradas a costa de la actuación de los alcaldes de determinadas villas, mejor dicho villorrios, casi nunca sobre los alcaldes de grandes metrópolis.

Consejas, digo, que a fuerza de repetirse regocijadamente, se aplican a voluntad del narrador, geográfica e históricamente según la oportunidad que juzgue quien trae a cuento la dicha jocosa versión.

Los ayuntamientos tanto en España como en México, tienen un honroso origen como célula fundamental de autoridad pública.— Sin embargo, tal vez por la proximidad de esta autoridad con sus gobernados, se le trata con mayor familiaridad y por ello, hilvanar sucesos chuscos sobre concejales municipales, era y ha sido tema obligado y corriente.

Así en la literatura de oro castellana el insigne Manco de Lepanto, Cervantes de Saavedra ya se ocupó de todo esto en la segunda salida de Don Quijote, cuando en los capítulos XXV y XXVII, refiere lo sucedido a dos concejales, uno de los cuales

perdió un pollino y se dieron los dos a buscarlo por el bosque, discurriendo que: como los dos sabían imitar a perfección los rebuznos, llamarían al tal jumento reproduciendo su nada cadenciosa voz, de esta guisa llenaron de rebuznos estentóreos el bosque y siempre se encontraban los dos buscadores; pero a la bestia extraviada no, porque se la habían comido los lobos.— Este incidente, refiere el ilustre Cervantes, dio origen a la pugna entre los dos pueblos a que pertenecían los concejales, interviene Don Quijote y dice que lo mismo da ser regidor que alcalde y termina el episodio con una pedriza de padre y señor mío que los contendientes, por los dos bandos, le propinan al ilustre mediador.

**"No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde".**

El escritor español José María Iribarren en "Su Retablo de Curiosidades" "(zambullida en el alma popular)", que trata de las costumbres de los pueblos de la Provincia de Navarra, destina todo un capítulo para tratar de casos jocosos sucedidos a sus alcaldes, de ellos, en obsequio a la brevedad, únicamente citaré el caso de aquella villa en donde el nuevo alcalde heredaba, con el puesto municipal, todo el equipo necesario para los actos solemnes y hacer así ostensible su cargo de primera autoridad, tales como: bastón de mando, sombrero de gala y la ropa de pompa y ceremonia, refiere el autor, "como lo más enrevesado de aquel terno", eran las bragas que, al ser de las cerradas por delante, hacían muy difícil distinguir la cara de la cruz, de ahí este diálogo, de ventana a ventana, que, a cada cambio de ayuntamiento, entablaba la nueva alcaldesa con la cesante: "oye chica: ipa' que lau se pone esto?", muy fácil, contestaba la otra: "lo ensuciau pa' atrás".— Con tal explicación, la cosa no tenía pierde.

Siguiendo este orden de ideas, diremos que en nuestra Suave Patria, quien se lleva las palmas como ejemplo clásico de Proto-Alcalde, lo fue el de Lagos de Moreno.— Creo yo que injustamente, pero por la fama adquirida, le cargaron a su cuenta y razón a sus muy propias hazañas, el debe y el haber de alcaldes de distintas entidades geográficas y acomodadas, con oportunismo al tiempo en que se referían.— En fin, las gentes de Lagos, bien se defienden de, como decía un anciano del lugar, de "los diptongos que nos levantan los envidiosos".

Alfonso de Alva, ilustre escritor laguense (digno de figurar entre las personas que distinguen a Lagos de Moreno tales como el Padre Agustín Ribera, Mariano Azuela, el poeta de Campanas de la Tarde: Francisco González León, Pedro Reyes Velásquez, Ricardo Covarrubias y otros más) en su libro "El Alcalde de Lagos" hace de este asunto un profundo estudio histórico y sociológico, indaga las causas de la adhesión a su ciudad y reconoce que hubo un alcalde a principios del pasado siglo, capaz de ser el protagonista de las consejas, pero defiende a sus coterráneos de la fama que por dicho personaje se les ha venido encima y explica, lo justo e injusto de tales aseveraciones.

El autor afirma que el célebre alcalde de Lagos existió a principios del siglo pasado, se llamó Don Diego Romero y relata los dilates cometidos por el histórico personaje: de todos ellos citaré nada más dos: el primero, la orden emanada del señor alcalde que decía: el que tenga puercos que los amarre y el que no, que no.— Llamado a cuentas por sus gobernados aclaró "¡ies que ustedes son muy mandados y se soltaron amarrando los puercos ajenos!".

El dicho alcalde, se anticipó al sistema de destapamientos electorales, hoy en vigencia.— A saber; llegado el término de su ejercicio de concejal, manifestó sus deseos de no reelegirse y como hubiere muchos aspirantes, los convocó a reunirse en lugar y hora determinada y ordenó que puestos en un partidero, a un disparo

de arcabús, todos emprendieran la carrera, el que llegara primero al atrio de la iglesia, sería electo triunfador.— Así se hizo, mas lo malo fue que al sonar el estampido, un pollino que pastaba junto a los candidatos, se espantó, echó a correr y llegó rebuznando, antes que los pretendientes.— Aún no se ponen de acuerdo para discernir el triunfo.

Pues bien, en las villas o pequeños pueblos de nuestro México querido, se dicen y se propalan consejas que con el correr del tiempo, han dado fama al pueblo de origen y a su alcalde.— Consejas, muchas de ellas más ingeniosas que las atribuidas a la autoridad laguense.

Sin citar nombres de villas ni de los personajes actores, referiré algunas de las más célebres que han llegado a mis indiscretos oídos:

Ejercía el puesto de alcalde un señor respetado por todos los vecinos de la municipal villa, era honrado y estricto.— Acostumbraba llegar diariamente "temprano" por la mañana para calificar personalmente a los reos, por infracciones al bando de policía e imponer sus sanciones municipales.— Le fue presentado, al habitual borrachín y vago del pueblo, (en todos los lugares nunca falta un aprendiz de Pito Pérez).— ¿Lo de siempre? preguntó el alcalde, lo de siempre le respondieron y entonces sentenció al reo diciendo: "para que te enmiendes te voy a condenar a que te vayas del pueblo por seis meses y además pagarás una multa de \$1.00 (de los de aquel tiempo).— "Señor alcalde, dijo el reo, lo del destierro lo acepto, me iré; pero el \$1.00, ¿de dónde lo saco?— "Pues vete a la calle y al primer zongo que encuentres sácale el \$1.00 y me lo traes", "o zonga?" replicó el reo; "lo que sea, pero cumple lo ordenado", ultimó el alcalde.— Se fue el reo, muy obediente y a los veinte minutos regresó ante la autoridad, entregó el \$1.00, quedó libre y se fue.

A las doce del día, sacramentalmente, el señor alcalde dejó su oficina y se dirigió a su domicilio para tomar sus cotidianos alimentos, al llegar, su esposa lo recibió con esta pregunta: "¿oye viejo, dame razón, para qué querías el \$1.00 que mandaste pedir?" y el alcalde sólo dijo: "tú fuiste la primera zonga que se encontró Piquío", así se llamaba el borrachín.

Otro alcalde de esos ansiosos, hasta la petulancia, por ejercer su autoridad, acostumbraba que sus subordinados le rindieran parte de novedades ante el mayor público posible.— Esa mañana, después de otros, llegó el encargado del Panteón Municipal e informó: "con la novedad señor alcalde de que se me salieron dos muertos" y el alcalde contestó violentamente.— "Tú tienes la culpa por bruto, idejaste la puerta abierta!"

El cuida panteones quería, inocentemente, informar y dar a entender que el día anterior no se habían encontrado los datos relativos a dos tumbas.

A un pueblo, del que era alcalde un señor ya muy entrado en años, llegaron en unos carromatos unos cirqueros, se estacionaron en la plaza principal y empezaron a descargar carpas, madera, cuerdas y otros utensilios circenses, hecho lo anterior, el empresario se encaminó a la principal oficina del municipio, pidió pasar y en presencia del alcalde expuso: que habiendo arribado, pedían permiso para aposentarse. "¿Y, ustedes a qué se dedican?", preguntó el alcalde; "somos acróbatas" le contestó el empresario. "Y eso qué es?", preguntó la autoridad.— "Es que".— Contestó el demandante.— "Nos dedicamos a practicar maromas en el suelo y en los trapecios, también la hacemos de payasos para que la gente se divierta y sólo deseamos que usted nos ayude".— ¡Imposible!, dijo el alcalde, "ya estoy muy viejo para esos menesteres, mejor vayan a otro pueblo que tenga un alcalde más joven".

Aún hay más: yo diría que un señor alcalde de estas norteñas tierras, superó, con mucho, a su homólogo de Lagos en lo relativo al decreto de amarrar los marranos, (el que tenga marranos que los amarre y el que no, que no), (por aquello de que los mandados vecinos, como ya se dijo, amarraban a los ajenos).— Pues bien, nuestro alcalde decretó lo siguiente: "el que tenga marranos grandes que los amarre y el que tenga marranos chicos, que amarre a su madre".

Los vecinos ocurrieron pidiendo aclaración, pues si de progenitores se trataba, también debería entrar la de la autoridad gestora de tal decreto.

Tras la audiencia obligada, el munícipe mayor aclaró que se trataba de la mamá de los cochinitos.— "No ven, que así estos no se salen a la calle", explicó.— Aclarando amanece, dice el refrán y con esto el pueblo se sintió satisfecho, por estar a salvo la autora de sus días y el alcalde perpetuó su memoria, para alimento de los cronistas municipales, que ahora son de obligado ejercicio.

Confieso que la anécdota que pasaré a referir, por lo que tiene de procaz, medité mucho para hacerlo; pero válgame para ello la sana intención de sus pueblerinos protagonistas y la sapiencia salomónica y un tanto cuanto de corte justiniano del señor munícipe, que le tocó fallar tan sonado caso.

Resulta que siendo día de vendimia (tianguis, dirían los del altiplano), que se desarrollaba en la plaza pública, llegó, para expender sus productos, un alfarero con unos grandes huacales y dentro de ellos conducía su carga consistente en: jarros, cazuelas moleras, ollas, comales y tantos y tantos adminículos propios para cocinar y contener líquidos.

Extendió su mercancía por el suelo, sumándose, así, al popular comercio en plena vía pública y agregando un evidente color folklórico a la vendimia.

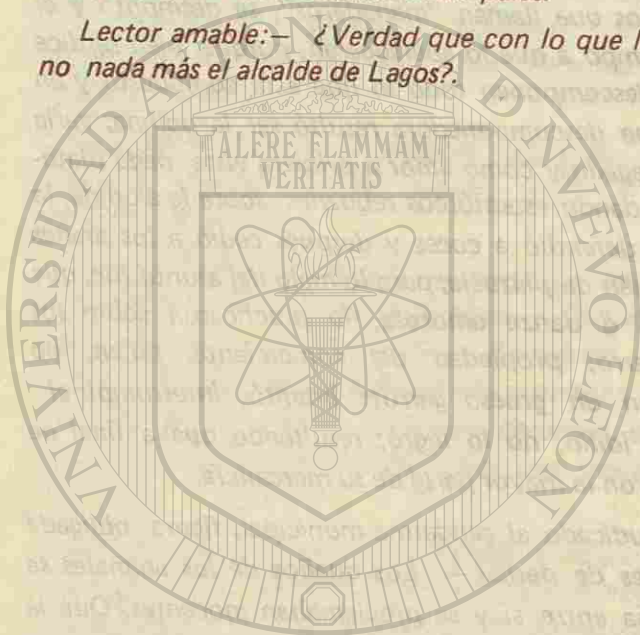
En eso llegó al mismo lugar un ranchero a horcajadas en una burra, bajándose de ella, la amarró próxima al expendio alfarero y se fue a practicar sus compras.

A poco rato llegó otro sujeto montado en un burro de respetable alzada, de los que llaman "manaderos", se desmontó y el animal no dio tiempo a que lo apersogaran, porque, bien se dice que las féminas descomponen todo lo que está compuesto y en este caso, la dama descomponedora resultó ser la pollina; verla el burro recién llegado y como amor a primera vista, nada platónico, se abalanzó dando estentóreos rebuznos, sobre la aludida, la cual, primero se defendió a coces y después cedió a los afanes rijosos del Don Juan de plazuela; pero lo malo del asunto fue, que todo ese sainete o danza amorosa, lo practicaron sobre los cacharros de barro, propiedad del comerciante, quien, no obstante que con un grueso garrote intentó interrumpir el público y carnal idilio, no lo logró; resultando que a final de cuentas le quebraron la mayor parte de su mercancía.

Llamó el perjudicado al gendarme municipal, figura obligada en estas funciones de parían.— Los dueños de los animales se arrojaban la culpa entre sí y se proclamaban inocentes. Que la casquivana burra, que el enamorado pollino, total, el genízaro se declaró incompetente para dirimir el pleito; lo elevó a otra instancia foral, llevando a las partes en contienda ante la primera autoridad municipal para que el señor alcalde en administración de Justicia de Paz, escuchara a las partes y fallara lo conducente. Alegaron ante él, el alfarero reclamaba el pago de su mercancía deteriorada, los dueños de las asémilas repetían sus razones exculpatorias.— Hasta que oídas las partes repetitivamente, el señor alcalde preguntó por la cuantía de lo deteriorado, el alfarero dijo que estimaba los desperfectos en la cantidad de \$3,000.00 y entonces fue cuando la autoridad municipal dio su fallo, diciendo: ordeno que el dueño de la burra pague \$2,000.00 y el dueño del burro pague \$1,000.00 pesos.— ¿Por qué? protestó el propieta-

rio de la pollina.— Pues muy sencillo, dijo salomónicamente el señor alcalde, es que la burra se metió en la vendimia con las cuatro patas y el burro nada más con las dos traseras; la burra quebró el doble.— Y así quedó el fallo para ejemplo de la posteridad y espejo de resoluciones municipales.

Lector amable:— ¿Verdad que con lo que llevamos expuesto, no nada más el alcalde de Lagos?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El antídoto

EN el barrio situado al sur de la ribera del río, que descendiendo de la Sierra Madre cruza de poniente a oriente la Capital del Estado de Tamaulipas, muchas de sus gentes acostumbraban, ir de cacería rumbo a la llamada Mesa de Llera inmediata al cerro llamado de San Francisco, que como enorme pilón se destaca valle abajo.

Era la época en que se iniciaron los trabajos relativos a la construcción de la Carretera Nacional, a medida que avanzaban, se iban trasladando hacia el sur sus campamentos y de ahí, los trabajadores venían a la ciudad transportados por el servicio que les proporcionaba un improvisado autobús de asientos laterales que la gente llamaba con cierta gracia, "la julia", sería curioso investigar el por qué de tan femenino nombre.

Pues bien, para los aficionados a la cacería, se abrió todo un amplio horizonte de realizaciones por la facilidad que proporcionaba el dicho transporte.— Lo abordaban al salir de la población, provistos de lo necesario para recorrer la referida zona, famosa por tener abundante caza.— Campeaban todo el día o bien en la

noche, y regresaban a sus hogares con el producto venatorio logrado.

Sucedió que coincidieron al viajar en la "julia" y con igual destino, cinco resueltos cazadores, por esta razón se bajaron del transporte en el mismo lugar, iban entre los cinco, el barbero de mi barrio, previo aviso a sus clientes de que ese fin de semana se quedarían sin rapar, lo acompañaba su compadre y compañero de correrías, el talabartero, dos personas más cuyos nombres la historia no consigna y que no viene al caso de señalar, y un sujeto muy lenguaraz cojo de la pierna derecha, que nadie conocía y que se agregó al grupo y fue aceptado porque, como ellos, iba de cacería.

Ya en el campo, de común acuerdo precisaron los rumbos que cada uno tomaría y acordaron reunirse al anochecer para formar campamento y pasar, amigablemente, la noche.— Llegada que fue ésta, en grata compañía, como buenos cazadores, prendieron la fogata indispensable para preparar la cena, después que la disfrutaron se acomodaron como mejor pudieron en el duro suelo y al calor del improvisado hogar se pusieron a platicar.

"¿Ud., mi amigo, de dónde viene?". Le preguntó al barbero al individuo cojo, que, como se explica, resultaba desconocido para todos ellos.— "De tierras del Norte".— Contestó el interpelado, agregando, "francamente más que la 'tirada', antes de quebrarme la pierna, me gustaba excursionar o explorar por los montes para conocer lugares".— "Pues las que habrá pasado buscando aventuras".— Opinó el barbero.— "Efectivamente", dijo el otro, "excursionando he pasado hambres y sobre todo, sed, con decirle que he tenido que tomar agua en los charcos de agua revuelta y sucia, como Ud. no tiene idea". "Qué barbaridad, mi amigo, —dijo el barbero—. Yo preferiría morir de sed a tomar de esa porquería".— A esto contestó el cojo.— "Mire 'maistro', nadie diga de esa agua no beberé, pues les contaré a todos ustedes, a propósito, la siguiente ocurrencia:"

"Un individuo caminaba por la serranía buscando determinado lugar, ya llevaba varios días de caminar, se le agotó el agua de su guaje y para su buena fortuna encontró un pequeño depósito de agua en el hueco de una piedra y después de beber hasta reventar y aprovisionarse, con toda mala fe, pensando que el que viniera atrás que se fregara, se orinó en el depósito.— Riéndose de su fechoría siguió su camino; pero resultó que se le agotó el agua, la sed lo volvió a acosar, se desorientó del rumbo que llevaba y caminando en círculo dio nuevamente con el depósito de agua conocido y haciendo de tripas corazón, como luego se dice, cerró los ojos y no tuvo más remedio que tomar del agua revuelta".

"Por eso nadie debe decir: 'de esa agua no beberé' ".— Terminó diciendo el cojo.

"Yo, replicó el barbero, aunque me estuviera muriendo, no bebería de esa agua". "Pues le diré a Ud." —replicó el cojo—, "a mí no me lo crea; pero dicen por ahí que los orines son medicinales para ciertos casos urgentes y a falta de otros auxilios".— "¿Medicinales?", preguntó el barbero, "¿cómo para qué casos?" "Se dice", contestó el cojo, "que curan los cólicos intestinales y hasta, (aunque Ud. no lo crea), la mordida de víbora de cascabel".— "Se me hace amigo que Ud. nos está contando puras mentiras, yo no tomaría esa medicina ni en artículo de muerte".— Exclamó el barbero, ya muy exaltado por el giro que tomó la conversación.

Avanzaba la noche y no faltó quien de los cazadores propusiera que ya era tiempo de dormir, estuvieron de acuerdo, improvisaron sus camas y bajo el amplio manto de las estrellas, se aprestaron a descansar, no quedando más luz que la de los leños que ardían como señal del improvisado campamento.

Estaban todos dormidos y de pronto se oye un grito de dolor lanzado por el barbero que decía: "¡mi pierna, mi pierna, auxilio, creo que me mordió una víbora!".

Se levantaron, le descubrieron la pierna derecha y precisamente abajo de la rodilla localizaron dos pequeños agujeros en la piel.

Alguien que se la dio de experto opinó " 'maistro' ya le llegó la víbora, se ven los agujeros que dejaron los dos colmillos de 'la cascabel' "

Otro opinó: "hay que abrir con una navaja y chuparle la ponzoña, agregando: lo malo es que no habrá más que hacer, hasta el día de mañana en que pasará 'la julia' y nos lleve al pueblo, y el veneno corre rápido".

La víctima suplicaba que no lo dejaran morir y con gran compañerismo se pusieron a la obra, ampliando con una navaja los orificios, succionaron lo que pudieron; pero el barbero, todo impresionado sentía que avanzaba el dolor, ya tenía adormecida la pierna y por ahí se le iba la vida.

Intervino el cojo y le dijo: " 'maistro', no afirmo que sean medicinales, Ud. dijo que ni muerto los tomaba; pero yo creo que la lucha se debe hacer", tomando de la medicina de mi plática.

Todos opinaron igual.— El barbero en su angustia mortal, aceptó el medicamento siempre y cuando fuera producto de su compadre el talabartero por ser de sus confianzas.

Se procedió inmediatamente, para lo cual, el señalado como auxiliar salútfero llenó una vasija de amarillento líquido.— El barbero, renuente antes, bebió de aquella pócima con la resolución del condenado que le tienden una mano para salvarlo.

Le vendaron la parte afectada y arroparon al paciente que con estos cuidados se quedó dormido.

Amaneció y con el regocijo de todos, vieron que el afectado estaba bien de salud, nada más le dolían los dos orificios de su pierna, por tal motivo agradeció a todos, los auxilios prestados y en especial a su ocasional y milagroso "Niño Fidencio" encarado en el cojo.

Sin perder tiempo, esperaron el transporte y regresaron a sus hogares para seguir al otro día, que sería lunes, con sus labores cotidianas.

El lunes por la mañana temprano, llegó el barbero a su establecimiento, lo abrió al público, preparó las tijeras, alineó botellas, afiló sus navajas, limpió sus máquinas para cortar el pelo aprestándose para recibir la clientela.

En eso llegó el chamaco que le ayudaba en los menesteres del oficio, en una palabra: el aprendiz, saludó al maestro y agregó: "en la esquina estaba un señor cojo de la pierna derecha y antes de subir a 'la julia' me dijo: "llévale a tu patrón este paquetito, dile que son los colmillos de la víbora, que los guarde como recuerdo" y el chamaco le entregó un envoltorio pequeño. El barbero deshizo el envío y vio que eran dos púas recortadas de las pencas de un maguey.

Se puso cenizo de coraje, se le inyectaron los ojos y solamente exclamó: "¡no era víbora!".

El ataúd

POR el camino, que en larguísimo rosario, conduce de uno a otro pueblo, rodando su bicicleta porque se le había desinflado una llanta, iba cierto individuo convertido por su mala suerte en peatón.— Pasaron varios vehículos de los modelos atrasados que solían circular por esos poblados, sin que quisieran auxiliarlo, ya desesperaba de su mala estrella cuando fue alcanzado por el autobús que, día a día, con su ruidoso motor y rechinante carrocería daba servicio de transporte a la región.

El personaje de nuestra historia hizo señal de parada, el chofer la captó deteniendo el vehículo y en voz alta advirtió lo siguiente: "adentro no hay asientos vacíos, te llevo de gratis sobre el techo, junto a la carga y el equipaje".— El solicitante aceptó y ayudado por algunos serviciales pasajeros que iban acomodados en los asientos delanteros, subió a la parte permitida y le alcanzaron su bicicleta.— Hecho lo anterior mientras el autobús seguía su interrumpida marcha, el fallido ciclista se acomodó entre los fardos que ahí se conducían, asegurados con cordajes, logrado su intento, paseó su vista

primero por el horizonte, después al cielo cuyas nubes encapotadas anunciaban lluvia y luego sobre la carga que lo rodeaba, notando que entre lo que allí se transportaba, se destacaba la impresionante figura de un ataúd severamente barnizado de color negro, sin duda alguna, pensó, encargo de un precavido o impaciente familiar de aquellos rumbos, miró al fúnebre mueble con mucho respeto, se cercióró de que iba vacío, tranquilizado y ya sin escrúpulos se sentó en el piso y recargó su espalda en el macabro estuche.

A pocos kilómetros de rodar, el cielo empezó a vaciar sus nubes, primero gota a gota, después más tupido, hasta transformarse en torrencial aguacero, para contentamiento de los campesinos de la región, no así para el ocasional viajero, quien ante el riesgo de empaparse con la fría lluvia, tomó una resolución heroica: dicen que la necesidad tiene cara de hereje y él cometió la herejía de levantar la tapa del negro ataúd y sin más ceremonia se introdujo dentro y luego con toda su humanidad acomodada, cerró, dejando caer tras de sí la funeral cubierta.

El ataúd tornó a su anterior austeridad y por su negro barniz, se deslizaban las gotas de la abundante lluvia.— Era aquello un perfecto catafalco rodante que hubiera causado envidia a Doña Juana la Loca en su delirio por conducir a su finado esposo por los hispanos caminos.

El yacente y oculto pasajero se quedó dormido, cesó la lluvia, siguió el armatoste pueblerino su itinerante rodar.

En eso, otra solitaria persona se aprontó al camino e hizo señal de parada al autobús, el chofer detuvo la máquina, explicó a gritos la falta de cupo en el interior y el viajero aceptó subir a la parte exterior del techo.— Estando arriba, vio con supersticioso respeto el negro ataúd, se instaló lo más cómodo posible quedando cerca de fúnebre artefacto.

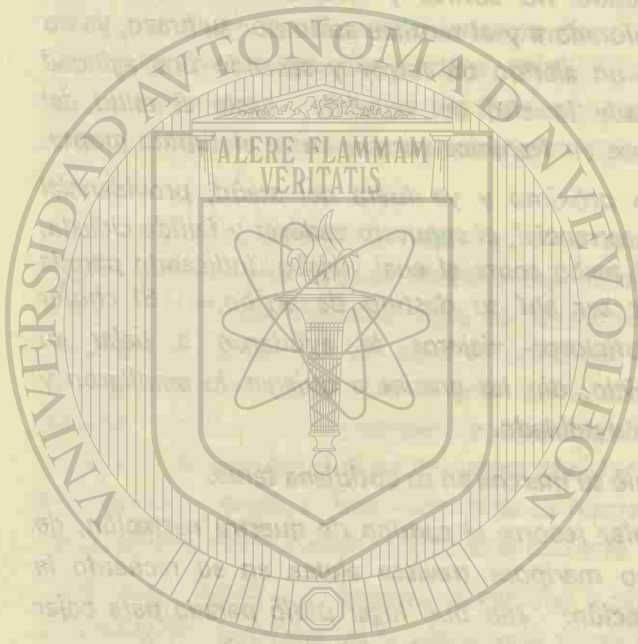
Tal vez por los tumbos o porque se satisfizo de dormir, el oculto pasajero decidió inquirir sobre si había cesado la lluvia, para ello levantó lentamente la tapa del ataúd, sacó una mano y al hacerlo tentó el brazo del recién instalado pasajero, quien con estupor tremendo vio abrirse y levantarse la tapa, luego surgir la mano exploradora y al sentirse asido por su brazo, ya no pudo más: lanzó un alarido de terror y sacando una agilidad increíble saltó desde lo alto del autobús hasta el talud del camino, perdiéndose en frenética carrera entre el tupido monte.

En el poblado próximo y ya fuera del ataúd, providencial refugio a la lluvia torrencial, el supuesto cadáver y fallido ciclista, golpeó el piso del techo sobre el cual viajaba, indicando parada al conductor, por ser ahí su destino de arribo.— El chofer obedeció. Los oficiosos viajeros le ayudaron a bajar su descompuesto biciclo, dio las gracias a quienes lo auxiliaron y desmontado entró al poblado.

El autobús siguió su marcha en su cotidiana tarea.

Cuando el chofer recorre el camino de nuestra narración, de vez en vez, como mariposa traviesa aletea en su recuerdo la siguiente interrogación: ¿en qué lugar pidió parada para bajar el segundo pasajero que subió al techo del autobús?

Por aquellos poblados circula la advertencia siguiente: "no viajes en el techo de un autobús porque se te aparece un muerto".



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La carnada

CIRILO, vecino del rancho de "Las Adelas", situado al sur de la población, era la negación permanente a la creencia de que los rancheros son gente fácil de burlar. La luz no la podía recibir por su ojo izquierdo, por eso le decían "Tertuliano". Además cojeaba de la pierna derecha a resultas de una caída de su caballo, que sufrió en el campo. De estos defectos se conformaba, filosóficamente, diciendo: "Para lo que tengo que ver, con un ojo me basta" y "al fin que las mujeres no me quieren para que juegue a las carreras".

"No hay domingo sin rancheros" reza el mexicano aforismo y Cirilo fiel a esta breve sentencia, concurría las mañanas dominiegas, junto con otros campesinos a la tienda de Don Jesús Liñán, alias "El Estreñido", no porque rigiera mal del cuerpo sino por la cerrazón de su bolsillo para brindar algún favor a propios o extraños. Era Don Jesús, escaso de carnes y tan escaso de pelo que la cúspide del cráneo le brillaba por la carencia capilar.

Tanto Cirilo como don Jesús encarnaban, a la perfección, los personajes aludidos en la célebre cuarteta que, como adagio popular y en versión oral, se propala por estas tierras nortteñas:

Si te encontrases a un tuerto
te salvarás de milagro,
ponle las cruces a un cojo
y Dios te libre de un calvo.

Resulta que Cirilo con su pierna bamboleante y su vista a medias, dio por llegar los domingos por la mañana a la tienda de abarrotes y ropa de Don Jesús Liñán, saludaba a los presentes, pedía su copa de mezcal para "hacer la mañana", la saboreaba previo ritual obligado de la sal y el limón, recogía comentarios, daba opiniones y después procedía a comprar la despensa o recaudo suficiente para el consumo de la semana.

Don Jesús lo atendía y no lo perdía de vista, clasificándolo en el fichero de su memoria. Los largos años en el trato comercial le agudizaron la experiencia para conocer a las gentes, y lo convirtieron en infalible psicólogo sin estudios.

Así pasaron muchos domingos, Cirilo se fue conquistando la confianza del tendero haciéndose marchante semanal. Hasta que un domingo, escogido que hubo su despensa, dijo: "Don Jesús, hoy no le podré pagar todo el importe de la compra, pagaré la mitad y el próximo domingo le cubriré el resto".

El tendero que hacía ya tiempo esperaba el ataque al crédito, aceptó la solicitud.

Al siguiente domingo, llegó Cirilo a la tienda, pagó la deuda, se surtió de mercancía y quedó a deber la mitad de la compra.

Cuando Cirilo salió de la tienda no faltó quien comentara: "Cirilo se va a ir con todo y hebra, tiene por costumbre 'amarchantarse' pedir fiado y ya no volver".

Varios domingos después, Cirilo dijo: "ahora voy a llevar toda la compra de fiado; le prometo que para el próximo domingo le liquidaré la deuda".

El tendero sintió que estaba ya dentro de la trampa que semana a semana, paulatinamente, se había ido cerrando; pero ante el temor de perder en aquel instante al cliente y, sobre todo, el importe de lo fiado, aceptó. El resultado fue que al siguiente domingo ya no apareció Cirilo por la tienda y así fueron transcurriendo muchos domingos.

Alguien comentó: "Se lo dije Don Jesús, ese pájaro ya voló". A lo que el comerciante calmadamente replicó; como restándole importancia al asunto: "Yo sé que me pagará".

Así pasaron muchas semanas; hasta que un sábado por la noche, ya cerrado el establecimiento, Don Jesús se aprestó a recuperar lo fiado, tomó un morral de ixtle y puso dentro de él: un par de calzado para hombre, otro para mujer, tres géneros finos para confeccionar vestidos femeninos y sus indispensables accesorios, un pantalón y una camisa, agregando mercancía necesaria para surtir una generosa despensa. Hecho lo anterior colgó el morral de un clavo tras del mostrador; pero visible a los ojos de la clientela.

Al día siguiente por la mañana, cuando llegó al comercio un vecino del rancho de Cirilo, el comerciante, haciéndose el inocente, le preguntó: "¿Dame razón de Cirilo?" a lo que el visitante en plan solidario para con su vecino, contestó: "creo que tiene enferma a la señora y por eso no ha venido al pueblo".

"Así ha de ser", agregó Don Jesús, porque alguien dejó ese morral de ixtle con mercancía: (y le mostró el contenido del paquete). Creo que es de Cirilo, pues he preguntado y nadie lo reconoce como suyo, ya nada más me falta preguntarle a Cirilo, si dice que es suyo pues . . . 'debe ser de él.' ". Después calmadamente colgó en el clavo el avío del supuesto dueño.

Las noticias vuelan. Al domingo siguiente, ante la concurrencia habitual, se fue presentando Cirilo, pidió su trago mañanero, después de saborearlo, sin que nadie le preguntara,

se disculpó diciendo: "Don Jesús, no había regresado porque 'la compañera' está delicada de salud; pero aquí estoy como siempre, hágame favor de decirme cuánto le debo". El aludido informó el monto del adeudo, Cirilo pagó en el acto y el dinero recibido, con ruido metálico, quedó depositado en el cajón de las ventas.

Pasados unos momentos, agregó Cirilo: "Hoy no llevaré despensa, pero hágame el favor de entregarme el morral, ahí colgado, que le encargué hace varias semanas". A lo que Don Jesús contestó: "Cirilo: ese morral no es tuyo, te lo puse de carnada para que regresaras a pagar, ya me pagaste, estamos en paz". "Para toros del jaral, los caballos de allá mismo".

Dicho lo anterior, mientras el comerciante distribuía el contenido del morral en los casilleros de la tienda, el tuerto Cirilo salió con sus pasos bamboleantes, entre las risas de los fieles rancheros asistentes a los domingos provincianos.

Cayetano "La Paloma"

Para el Sr. Vicente Iglesias Sánchez

EL COMPADRE Cayetano en el pueblo le apodaron: "La Paloma", desde el célebre encuentro que sostuvo con el llamado "Caballo de Espadas", suceso que aún se recuerda regocijadamente.

Esto aconteció cuando de la Capital del Estado nos enviaron al nuevo Comandante de Policía. A los pocos días de desempeñar su trabajo, reveló ser un personaje rudo en su trato, arbitrario en sus órdenes y muy codicioso.

Más que una garantía para la seguridad, resultaba una amenaza para los pacíficos vecinos.

Gustaba, el tal comandante pasear por las calles, jinete sobre un caballo negro de mucha alzada, de su costado derecho pendía, campaneando, un pistolón y del otro un largo y pesado sable, en cuya empuñadura, al echar pie a tierra, siempre descansaba su mano derecha como signo de mando.

Por exhibirse así, no tardó el ingenio pueblerino en apodarle: "El Caballo de Espadas", no el Rey de Espadas, sino simplemente "El Caballo".

En el tiempo en que ejercía "El Caballo de Espadas" su reinado policíaco, fue cuando mi compadre Cayetano, vecino nuestro, agricultor y ganadero, se le ocurrió adquirir en la Capital una nueva camioneta. La necesitaba porque todos los días, desde la mañana, se trasladaba a su rancho y por la tarde regresaba al pueblo donde tenía y sigue teniendo su casa y su familia.

Realizada la compra, le fue necesario deshacerse del anterior vehículo que traía en uso. Por este motivo extendió la noticia de que deseaba vender el "mueble".

Ninguno de los vecinos intentó comprarlo, y así pasaron los días, hasta que se presentó en el domicilio de Cayetano nada menos que el Comandante de Policía, quien con voz gruesa del acostumbrado a mandar, manifestó que deseaba adquirir la camioneta ofrecida en venta. A Cayetano como que no le gustó el cliente; pero sostuvo el ofrecimiento, enterando al comprador del precio, éste revisó el motor y la carrocería, hasta que el Comandante dijo: "La camioneta es mía, la compro; nada más que yo siempre pago por medio de un cheque, nunca en efectivo".

A mi compadre, aunque no le agradó la forma de pago, tuvo temor de que el de la fuerte voz y pesado sable, se diera por ofendido y aceptó. El comprador extendió el cheque, Cayetano entregó la factura y el mueble cambió de dueño.

Al día siguiente, el único Banco existente en el pueblo, informó de la falta de fondos en la cuenta a que el documento correspondía, llegando al interesado además, noticias alarmantes acerca de que el Comandante tenía por costumbre pagar sus deudas con un "valiente", ya que se ofendía cuando se le cobraba, en suma: que la honradez no era virtud que campeara en los dominios de "El Caballo de Espadas".

Surgieron los comentarios formulados entre el burlado vendedor y sus amigos, opiniones encontradas, algunas sensatas, otras descabelladas, más Cayetano nunca perdió la calma, sin iniciar reclamo alguno; tampoco pensó perdonar la deuda.

Fue entonces, dándole vueltas al asunto, cuando con malicia campesina, urdió la solución salvadora y la puso en práctica.

Dejó transcurrir la semana en su ir y venir al rancho y el domingo, deliberadamente, no se dejó ver en el pueblo quedándose en el campo, hasta el lunes por la mañana en que regresó. Tomando la calle principal fingió cruzarse como por casualidad con su deudor.

Al encuentro, el Comandante, sin bajarse de su caballo y en tono protector saludó diciendo: "¿Cómo está mi amigo?", "¿Cómo pasó su domingo?". A lo que Cayetano atentamente contestó: "muy bien señor Comandante, fíjese Ud. que aprovechando que era domingo, me fui al rancho del señor Gobernador, y allí pasé todo el día".

"¡Cómo!" exclamó el Comandante, "¿fue a visitar a mi General?" (en el tiempo de este relato el Gobernador del Estado era un General).

"Sí señor", explicó Cayetano, "estuve por ahí. Por cierto, Comandante, qué salvada me dio el documento de Ud., resulta que le compré al General tres becerros cebú, para mejorar mi ganado y como no completé con el dinero que traía, le endosé su cheque, si no hubiera sido así, de seguro que regreso sin comprar animales, mucho gusto en saludarlo y me retiro porque voy al almacén a pedir un forraje".

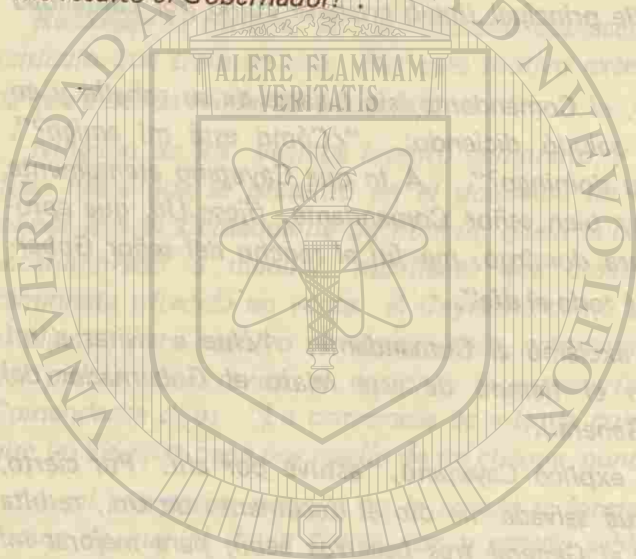
Esto dijo Cayetano y prosiguió su camino simulando no advertir la nerviosidad de que era víctima "El Caballo de Espadas".

Al día siguiente el cheque fue incondicional y totalmente pagado.

"Le dieron machetazo al 'caballo de espadas'", decían alegremente los vecinos y uno de ellos agregó: "Es que Cayetano es como la paloma de la Tía Casilda, mansita,

mansita; pero cuando murió tenía el buche repleto de uñas de gavián".

Desde entonces a mi compadre Cayetano, recordando la cuestión, y por abreviar, le decíamos: "La Paloma" y cuando le preguntaban si de verdad conocía al General, socarronamente contestaba: "No lo conozco; pero si vieran, ¡qué buen 'pelao' me resultó el Gobernador!"



Nota biográfica

Por Genaro Salinas Quiroga

UEN LA ENUMERACION de nuevoleonese ilustres, consideramos que debe ser incluido el licenciado Enrique Martínez Torres, distinguido escritor y poeta. Tiene conquistado, también, un merecido prestigio como jurista. Ha sido Secretario del Ayuntamiento de Monterrey, Abogado Consultor del Gobierno del Estado y Titular de una de las más acreditadas Notarías Públicas de Monterrey.

Fue magistrado de la Tercera Sala del H. Tribunal Superior de Justicia del Estado, donde realizó una brillante labor. Hace algunos años (21 de septiembre de 1979), el H. Colegio de Abogados de Nuevo León, rindió un homenaje a sus miembros más antiguos y destacados y a nombre de la misma Institución, pronunció un substancioso discurso, en que dijo entre otras cosas, lo siguiente:

Pero con ser el Decreto tan antiguo como la humanidad, debemos considerarnos hombres de nuestra época. Hombres de nuestra época para aceptar que el orden jurídico superior que

afirmaba el Imperio del formalismo normativo jurídico, le es indispensable el ingrediente metafísico, ético, espiritual, para hacer que la norma jurídica sea congruente con la realidad social; pues de otra manera se llegaría a la deshumanización del derecho.

Debemos ser y somos hombres de nuestra época, para considerar que poseemos un orden jurídico nacional con características propias, formadas por la evolución histórica de nuestro derecho. El concepto individualista del Constituyente del 57, formado por la mejor generación jurídica que ha tenido México, fue superado por el concepto social y colectivo del Constituyente del 17, somos precursores de los derechos consagrados en los Artículos 27 y 123 Constitucionales y nos orgullecemos de nuestra Ley de Amparo.

Debemos ser hombres de nuestra época para entender a este México nuestro, que se convulsiona en sus inquietudes sociales, políticas y económicas, tratando de encontrar su destino. Seamos hombres de nuestra época para entender a México y sólo así el derecho producirá lo mejor de sus frutos: la armonía social en la convivencia nacional y la paz en el consorcio de las naciones.

Es, también, un extraordinario poeta, autor de un bello canto a José Martí, el libertador cubano, que principia con esta hermosa invocación:

**José Martí: estro divino
y la sagrada profesión de Orfeo
se requiere, para cantar tu sino
de estela de héroe y apóstol columbino
y moderno perfil de Prometeo.**

Es autor, igualmente, de un elocuente poema que intituló Laudanza de nuestra Generación, que dedicó a sus maestros y

compañeros de estudios de la Generación 1937-1942 de la Facultad de Jurisprudencia de Nuevo León.

A continuación expresamos sus datos biográficos: nació en Ciudad Victoria, Tamps., y cursó sus estudios primarios y secundarios en dicho lugar.

En 1934 ingresó en el Colegio Civil de Nuevo León, donde cursó su Bachillerato para la carrera de Leyes. En 1937 ingresó en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León, donde cursó toda su carrera profesional, para terminarla en el año de 1942.

El 29 y 31 de mayo de 1943 sustentó su examen profesional y obtuvo su Título como Licenciado en Ciencias Jurídicas. Para tal efecto, escribió la tesis que denominó: "Conflictos Intertemporales de Aplicación de las Normas Jurídicas".

Como estudiante y pasante de Leyes hizo su práctica forense en el despacho del señor licenciado Jesús Espinosa García, Abogado postulante, en los años de 1943 a 1945.

En distintas épocas ha servido a la Universidad de Nuevo León en las siguientes cátedras: desde 1943, Catedrático de Derecho Internacional Público y Privado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y Catedrático de Derecho Internacional Público de dicha Facultad.

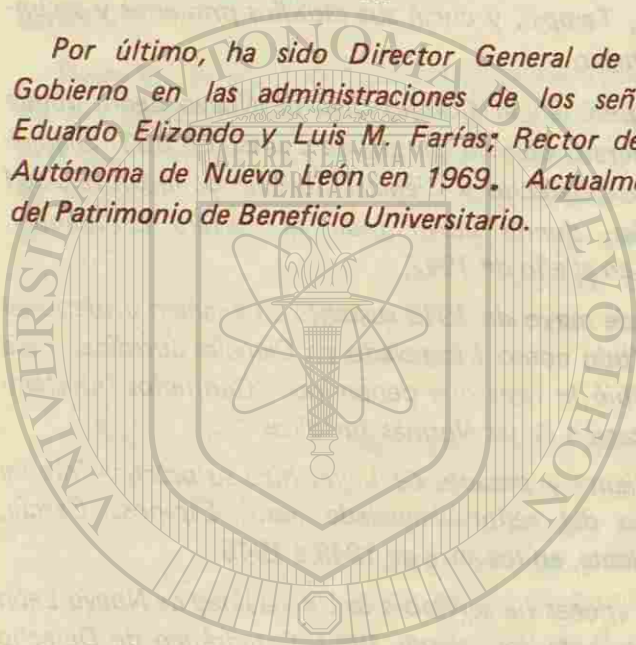
En el Colegio Civil del Estado: Profesor de Introducción a la Filosofía, de Introducción al Estudio del Derecho y profesor de Historia General. En la escuela Nocturna de Bachilleres, profesor de Lógica, Ética e Introducción al Estudio del Derecho.

En la Escuela Preparatoria del Colegio "Justo Sierra", profesor de Sociología, Historia General e Introducción al Estudio del Derecho.

Agente del Ministerio Público del ramo Penal del año de 1946 a 1951; al asumir el Gobierno del Estado el señor doctor Ignacio

Morones Prieto, fue designado Abogado Consultor, posteriormente Secretario del Ayuntamiento de Monterrey en las administraciones presididas por el licenciado Santos Cantú Salinas y el señor don Alfredo Garza Ríos.

Por último, ha sido Director General de Proveeduría del Gobierno en las administraciones de los señores licenciados Eduardo Elizondo y Luis M. Farías; Rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León en 1969. Actualmente es Director del Patrimonio de Beneficio Universitario.



LA ALEGRÍA DE RECORDAR de Enrique Martínez Torres, se terminó de imprimir el día 15 de marzo de 1989 en los talleres de la Imprenta de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, constando de un tiraje de 2,000 ejemplares. Se empleó papel cultural de 34 Kgs., tinta café y tipos 11 Pts. cursivo, 10 Pts. Courier 96 y 11 Pts. recto. La edición estuvo al cuidado del propio autor y del Lic. Francisco Soto Armendáriz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA